EL CONDE ALARCOS

TRAGEDIA, ROMANCES

A POR JACINTO GRAU

MINERVA S. E. MADRID

2349

Al gran actor Miguel
Muñoz recuerdo cariñoso de
su devoto amigo

Jacinto Grau

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/elcondealarcostr24718grau

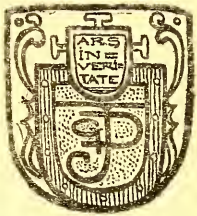
EL CONDE ALARCOS

Esta obra es propiedad de su autor.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Copyright, 1917, by Jacinto Grau.



JACINTO GRAU ¶ EL CONDE ALARCOS ¶ TRAGEDIA ROMANCESCA EN TRES ACTOS ❧

PORTADA Y VIÑETAS DE MANUEL BUJADOS

MINERVA, S. E.

MADRID MCMXVII

Amor condusse noi ad una morte...

DANTE. *Divina Commedia.* Canto V.

DEDICATORIA

N tierras de España, en mares de Oriente, en pueblos y caminos del mundo, yacieron despojos de hombres de mi raza, abierta a todos los padres, dominadora y dominada, creadora de místicos iluminados, de guerreros, de traficantes, de pícaros sin ataduras de creencias, de truchimanes sin hacienda, de exploradores ambiciosos y de peregrinos de la aventura.

Todos ellos llenaron la historia y florecieron el verbo que animó y animará, mien-

668550 ~~613411~~

tras perdure memoria humana, héroes de fuerza y agudeza, y héroes de generosidad y ensueño.

Nieto yo, como otros, de mortales inmortales, hijo de hombres caídos, fulgor, a mi vez, que pasa, he recibido en lote opulentísimo patrimonio espiritual, ornamento de civilizaciones, y tan vencedor de la muerte, que no lo ha podido resecar el tiempo, ni esparcir el trasiego de los combates, de las aguas, de los aires y del azar, como difundió los corpóreos despojos de sus creadores, perdidos en el incierto paradero de los que ya no son, habiendo sido.

Ese múltiple patrimonio, hijo de primates, ideal retrato de las edades, oculto a los vulgos letrados de todas las escuelas, herencia que no se aquilata, sino se siente, resonancia eterna de la idea perdurable, vive en el recuerdo de los escogidísimos, y se transmite en los días, por los ungidos en la gracia de la belleza madre; belleza sin me-

sura, como lo absoluto, y escondida a la inmensa turba enteca de todos los durmientes del vivir, a esa pobre turba desmaída en la modorra, o prisionera de la actividad impuesta, sin el aliento de aquella divina esperanza, que, si engendra tragedias, forja incansable prodigios.

Esa turba populosa de durmientes, de sí misma esclava, para la que siempre será inútil todo alfabeto y todo rumor de sabiduría, trató y tratará en vano de adormecer lo inextinguible. De espaldas a ella, lastre pesado de miserias, a todos los que en recio y poderoso hablar de Castilla abrieron mi vida primera a la poesía inefable, a la conciencia, y al rojo deseo quemante, triunfador tenaz de reflexiones, enhiesto abuelo de voluntades, y a todos los que, fuese cual fuere su decir, sacudieron, con la misteriosa mano del ideal encarcelado en la forma, la esencia de mi ser; a todos los que me sembraron en las entrañas el ansia, la fuerza, el orgullo, sa-

cándome de mí, en requerimiento de lo infinito; a todos mis grandes maestros del ayer, varones predilectos de naturaleza, adversarios resistentes de plagas y amarguras, azotadores penetrantes y duros de gárrulas muchedumbres; a todos los avivadores de mi libertad interior; a todos los que encienden la codicia de luz, sin rígido precepto que acongoje; a todos los que la agranden y continúen en el mañana; a todos mis semejantes, hermanos y guías en familia espiritual, y enseñadores de vida, sin definición de ella, este poema de dolor y deseo, esta anhelante tragedia antigua de muerte y de pasión, en ingenua y rítmica fabla popular ya revelada, consagro.

Estío de 1907.

PERSONAS DE LA TRAGEDIA

EL CONDE ALARCOS. — Hombre recio y moreno. Grande entre los Grandes del Rey.

LA CONDESA DE ALARCOS.—Su mujer. Muy moza y señoril, es toda ella un dulce vivir de afables maternidades. Su rostro, suavemente rosado, revela un grandísimo espíritu, y lo muestra con tanta gentileza, que «nunca lo conduce prisionero».

Viste jubón de grana muy apagada y oscura, con fajas de terciopelo negro. Basquiña igualmente negra. No lleva cofia ni adorno alguno en la cabellera, de claro y fino dorado, recogida en una sola y abultada trenza, echada a la espalda. Por toda guarnición, ceñidor rico sin pedrería, con cabos de plata. Del cuello, cuélganle dos patenas de oro: en una, Santa María; en otra, Jesús.

LA INFANTA. — Virgen en las cumbres de una lozanía que se desmaya y seca. Los cabellos muy bermejos y encarrujados cual virutas. Blanca y mate la tez, como lavado alabastro sin pulir. Desmesurados, oscuros y profundos los ojos.

Viste rico brial purpúreo, con ceñidor de pedrería.

UN REY INDETERMINADO DE CASTILLA. — Padre de la Infanta. Es ya varón añoso, de continente bien templado y rudo.

LA NODRIZA DE LA INFANTA.—Un sarmiento retorcido por cuerpo. Una hollada obra del tiempo por cara, que red de arrugas labra. Una boca delgada y fina, sutilísima imagen de la astucia. Una mirada dura y fría, y una barba prominente y firme.

EL BUFÓN BARRIGA.—Un hombrecillo enclenque, esclavo de una panza tan gigante que le encoge, avergüenza, adelgaza y aprisiona sus miembros, como la concha los del galápago. El rostro desdentado y la nariz respingada de un descaro insultante.

MORERERO }
PELIRÓN } Enanos del Rey.

UNA MUJER ASTROSA.

EL SEÑOR DE BRANDONAS.

EL SEÑOR DE FRANDOVILLE.

CUATRO DAMAS.—Al servicio de la Infanta.

DOS PAJES.—Del Alcázar.

CABALLEROS. GRANDES. ARQUEROS. BALLESTEROS. HOMBRES DE ARMAS. SERVIDORES.—Del Rey.

HALCONERO MAYOR.—Del Conde.

UN MANCEBO MILANÉS.—Adiestrador de azores y halcones.

DIEGO.—Escudero viejo del Conde.

DOS INFANTILLOS.—Hijos del Conde y de la Condesa.

DOS AYAS.—De los infantillos.

UN AMA.

CUATRO PAJES.—De la Condesa.

CUATRO SERVIDORES.—Del Castillo.

VARIOS HOMBRES DE ARMAS. — Del Conde.

DOS BALLESTEROS.—Del mismo.

ROMEROS } Invisibles.
TURBA }

Lugar de la acción: Burgos, en los actos primero y tercero; un castillo del Conde Alarcos, en el segundo.

Época: Edad Media, en las proximidades de la difusión gótica en Castilla.

Trajes y usos: los comprendidos entre fines del siglo XII y principios del XIII.

ACTO PRIMERO

ALA románica muy espaciosa, de una residencia real. Techo ampliamente abovedado. Columnas gruesas de capiteles labrados, mostrando relieves de hojas y frutos. Tapices y frescos en los muros. En los escasos y estrechos ventanales, vidrios de colores representando próceres de santidad o realeza. Juego de lanzas, escudos y rodelas en uno de los pilares. Adosado al muro de la derecha, en primer término, trono sin dosel y silla con respaldo bajo, envuelta en telas. Cerca, en el mismo lado,

puerta alta y estrecha, a medio cerrar. Otra igual enfrente, en el muro de la izquierda, y otra mucho más ancha en el fondo, tapada por un cortinón morado, en cuyo centro resaltan bordadas las armas reales de Castilla.

ESCENA PRIMERA

MUÉVESE el cortinón del fondo y da paso a BARRIGA, cuya diestra no suelta la cortina, hasta haberse asegurado con la mirada el bufón que está solitaria la sala. Avanza luego el bueno del juglar hasta el centro de la estancia, queda un instante como escuchando, y va a esconderse tras una columna. Por la izquierda, aparecen cuatro damas de la Infanta, que adelantan muy despacio.

DAMA 1.ª

Retraída está la Infanta.

DAMA 2.ª

Está como encerrada en sí misma.

DAMA 3.ª

Anda como estatua encantada, sin ver, sin oír, sin hablar.

DAMA 4.ª

Y al andar, un temblor reprimido la agita.

DAMA 1.ª

Más que temblar parece estremecerse adolecida.

DAMA 2.ª

Yo creo más bien que está como miedosa de sí misma.

DAMA 4.ª

Toda la Infanta es un misterio.

DAMA 1.ª

Sí. Un grandísimo misterio.

Al decir esto la DAMA PRIMERA llegan las cuatro y se detienen delante de la columna que oculta a BARRIGA.

BARRIGA

Dejando su escondite y acercándose súbitamente a las damas.

Un misterio en Palacio, dura menos que doncellez de mujer entre rufianes.

Las damas, al verle, retroceden con susto más fingido que verdadero.

DAMA 1.ª

¡El Bufón!

DAMA 2.ª

¡Barriga aquí!

BARRIGA

Por ese nombre en justicia atiendo, que bien mía es la panza.

DAMA 3.ª

¡Nos espiaba!

DAMA 4.ª

Es su oficio. Oír entre puertas.

BARRIGA

Agora oía entre pilares.

DAMA I.ª

Entre burlas, todo lo canta.

BARRIGA

Todo lo desafino. Quédese el canto para trovadores, gentecilla que yo tengo en menos que un juglar, porque un juglar...

ESCENA II

Los mismos y MORERERO Y PELIRÓN, que llegan por la puerta izquierda.

MORERERO

Interrumpiendo a BARRIGA su discurso.

Holgámonos del encuentro.

PELIRÓN

Llevando la diestra al pecho.

Sí, a fe de Pelirón.

MORERERO

Con la misma actitud.

Sí, a fe de Morerero.

DAMA 1.ª

¡Los enanos!

DAMA 2.ª

¡Por si era poco Barriga!

DAMA 3.ª

Tras lanzas...

BARRIGA

Escudos.

PELIRÓN

Por tales nos tomaron los cuerpos, al zurrarnos en ellos.

MORERERO

Tres veces nos han llamado a la cámara del Rey, y tres veces nos han echa-

do, sin dejarnos pasar de la antecámara.

BARRIGA

De necios es no escarmentar a la primera. Verdad es que los discretos hacen lo mismo, que al fin todos son necios.

PELIRÓN

Lo peor es la sinrazón...

MORERERO

Que en nuestras espaldas consumaron.

BARRIGA

Como sois hombres de sinrazón, ¿qué de extraño que la sinrazón os desgobierne?

PELIRÓN

Di mejor nos azote.

DAMA 4.ª

Algún desaguisado faríais.

MORERERO

No nos dejaron tiempo.

ESCENA III

Los mismos, y NODRIZA por la puerta derecha.

NODRIZA

¡Silencio! Se acerca la Infanta.

DAMAS

A coro.

¿Sola?

NODRIZA

Más compañía que la suya no ha menester.

BARRIGA

Bien vengas mal, si vienes solo.

NODRIZA

Calla, necio. Su Alteza no gusta agora de vanas bufonerías.

Aparece la INFANTA por donde la NODRIZA. Las cuatro damas forman en hilera. BARRIGA y los enanos, junto a ellas, un poco apartados. Bajos los ojos, cual si el suelo los solicitara, pasa presurosa la PRINCESA, sin reparar en juglares, ni en los saludos de las damas. Cuando llega al centro de la escena, BARRIGA, contoneándose pomposamente, intenta detenerla con una reverencia ponderadísima. La INFANTA alza bruscamente el rostro y lo mira con tanta dureza, que el bufón retrocede sin abrir boca. Cruza la INFANTA y vase callada y sombría, sólo atenta a sus pensares. Las damas van a ir tras ella. La NODRIZA las detiene con el gesto.

ESCENA IV

Los mismos, menos la INFANTA

NODRIZA

No la deis cortejo, que es su volun-

tad ir sola y vagar por los jardines. Así oílo de sus labios.

DAMA 1.ª

Cada vez más zahareña Su Alteza, menos nuestra compañía requiere.

DAMA 2.ª

Es como si deseara licenciarnos.

DAMA 3.ª

Grande sería la nuestra cuita, si la hubiéramos desplacido, sin advertirlo.

DAMA 4.ª

Si así fuera...

NODRIZA

No la oí nada de vosotras. Justo es que goce de la soledad quien la apetezca, aunque sea una princesa.

BARRIGA

Una princesa, que ya parece más

bien venida de entre los muertos. Dame en la nariz que malos vientos llegan a palacio.

NODRIZA

¡Todavía en oficios! ¿Es que no hay desaires, ni desvíos que os traben la terca porfía de solazar en vano? ¡Ah necios concertadores del fastidio!

BARRIGA

Encarándose con ella y formando grupo con los enanos.

Calla, mala bruja hechicera, que por ti habrían ya enterrado muy honda la alegría, sin amortajarla siquiera, por no dar lugar la premura del entierro.

PELIRÓN

So muchas capas de tierra nos hubieran ya también hundido a nosotros, si ella mandara.

MORERERO

Como otoño en campo de sarmientos es la Nodriza.

BARRIGA

La misma falta hace ella en palacio, que un sepulturero en bodas de mozos.

NODRIZA

Sólo por teneros lejos, dejara yo, a fe, todos los palacios, que gran hastío es la vuestra vecindad.

BARRIGA

Desde que la tuya agobia a Su Alteza, y vas tú siempre pegada a doña Infanta, como la negra sombra de su pena, vinieron las tristuras y los retraimientos.

NODRIZA

¿Quién te dió a ti licencia para entrometerte en lo que no te atañe?

BARRIGA

Y a ti, ¿quién te dió licencia para preguntarme? ¿Eres tú ritual de ceremonias, o vieja ama seca, tolerada por un capricho aventurero de la Princesa?

NODRIZA

¡Calla, necio agradador de la plebe!

BARRIGA

¡Cata la villana ensoberbecida!

PELIRÓN

Para ti no nos crían en el regalo, que con ortigas nunca se avinieron los buenos servidores de la bienandanza.

NODRIZA

¡Valientes servidores sois! ¡Peste de juglares que nunca tratasteis de cerca al ingenio!

BARRIGA

Más vale estar lejos del ingenio, que lamer la mano, como perra esclava, de quien empaló a los tuyos.

MORERERO

Ha poco te vi reverenciar a un muy altísimo conde, que mandó azotar, por bruja, a la tu madre.

NODRIZA

Yendo airadísima hacia ellos.

Si disciplinas ferradas tuviese agora en las manos, más azotes os diera...

DAMA 1.ª

¡Cese ya la porfía!

DAMA 2.ª

¡Callad, o van a alarmar vuestros gritos!

DAMA 3.ª

¡Dejadlos, ama, que con ellos siempre

se pierde a la postre la paciencia y se gana el enojo!

DAMA 4.ª

¡Sólo de ver la panza de Barriga, se enoja ya el mirar!

BARRIGA

¡Calla tú, señora, que moza eres, y, con el tiempo, quizás enoje y abulte más la tuya que la mía!

DAMA 4.ª

¡Deslenguado y atrevido va siendo ya el bufón! De ti me quejaré.

DAMA 1.ª

¡Callad...! ¿Oís? Se acerca gente.

DAMA 2.ª

Salgamos.

DAMA 3.ª

Vamos a nuestro aposento y veamos

si aluego, más propicia la Infanta, nuestra compañía acoge.

NODRIZA

Yo me voy en busca de Su Alteza. Esta plaga de juglares me apartó de mis deberes.

Vanse NODRIZA y damas por la puerta izquierda. BARRIGA y los enanos se quedan, haciéndoles gestos por la espalda.

ESCENA V

Asoman dos hombres de armas, con lanza y rodela. No pasan de ambos lados de la portalada del fondo, en la que dan guardia hasta el fin de la escena Después, REY con su acompañamiento.

HOMBRE 1.º

Levantando el cortinón.

¡Paso al Rey!

BARRIGA

¡Yo se lo dejo tanto, que me huyo!

PELIRÓN

¡Y nosotros! Que cuando los bufones desplacen al empezar un día, hasta el otro día no agradan.

Vanse Barriga y los enanos por la izquierda. Entra el Rey, entre el señor de Brandoñas y el señor de Frandoville. Escúltanlos grandes y caballeros. Luego siguen hombres de armas, arqueros y ballesteros.

REY

Dirigiéndose hacia el trono con paso reposado.

Vos, señor de Brandoñas, siempre dais al suelo los ojos del rostro y al lamentar las palabras.

BRANDOÑAS

A mis años, señor, la mirada como el ánimo vanse desterrando de las alturas, que de la tierra nos fizo Dios y a la tierra nos vuelve.

REY

Sentándose en la silla respaldada del trono.

Vos, señor de Frandoville, ¿visteis al conde de Alarcos?

FRANDOVILLE

Permaneciendo de pie al lado del Rey, junto al señor de Brandoñas.

Por los jardines paseaba.

Los Grandes y los caballeros se agrupan junto al trono. Los hombres de armas, arqueros y ballesteros, forman en el fondo.

REY

Esta tarde se parte a sus condados. Poca licencia he de darle ya para ausentarse. Vame siendo penoso tenerle siempre de mí alejado.

BRANDOÑAS

Ha tiempo que en largos viandares se estuvo al servicio de vos, señor.

REY

Desde que el peregrinear de sus embajadas y el regalo de sus bodas lo apartaron de mí, apenas lo he visto.

FRANDOVILLE

Días lleva ya en el alcázar.

REY

Breve será ya su ausentarse. ¿Hay mucha gente en espera de audiencia?

BRANDOÑAS

Llenas están las salas.

REY

Otros cuidados hoy me llaman, y de poco tiempo dispongo.

Óyese, bajo los ventanales, vocerío creciente de muchedumbre.

¿Qué voces son esas?

Varios caballeros, dos grandes, el señor de BRANDOÑAS y el de FRANDOVILLE, asómanse a una de las ventanas, cuyos cristales abre un hombre de armas. El estrépito aumenta.

¿Quiénes son los que así gritan?

GRANDE 1.º

Es una peregrinación, señor.

GRANDE 2.º

Claman ante los pórticos.

BRANDOÑAS

Miedo en el ánimo ponen.

FRANDOVILLE

Quieren veros, señor. Son los de la romería descalza. Van a Jerusalén, a besar las reliquias santas.

BRANDOÑAS

Los peregrinos golpean el suelo con el cueto ferrado de sus báculos. Las

mujeres aúllan, con los cabellos sueltos. Los endemoniados se contorsionan en furiosa danza. Los leprosos, aislados en un extremo, tabletean en los palos, voceros de sus llagas. Nubes de polvo levantan.

REY

Que no suba nadie. Yo los despediré desde aquí.

Baja del trono y asómase al ventanal. El acompañamiento de grandes y caballeros abre paso, formando en dos filas. El rumor de los de abajo atruena, con voces de aclamación, de las que sólo se oye un *¡aaah!* prolongado. El Rey extiende una mano, saluda y se retira de la ventana.

Id, Frandoville, y decid en mi nombre que ya los vi y tiempo de más no tengo. Añadid que, a la bendición del Santo Padre, se unen mis ruegos a Dios por ellos. Cuando vuelvan beatificados

de Jerusalén, si la paz dura, yo saldré a recibirlos.

FRANDOVILLE

Al punto, señor.

Inclínase reverente y vase por el fondo. Vuelve el Rey al trono con Brandoñas y su escolta de grandes y caballeros. Prosigue el voceo bajo los ventanales.

ESCENA VI

El CONDE ALARCOS y los mismos, menos FRANDOVILLE

EL CONDE ALARCOS

Por la puerta derecha, en cuyo umbral se detiene.

Alteza...

REY

Pasad, Conde, pasad. No ha mucho pregunté por vos al señor de Frandoville.

CONDE

Llegando e inclinándose ante el Rey.

Grande es mi fortuna acertando en llegar al Rey cuando el Rey me demanda.

REY

Sabed, Conde, que a mi real Consejo ya consulté la respuesta que doy al mensaje del Califa. Hoy mismo, antes que os vayáis, quiero que el vuestro parecer me deis también.

CONDE

En alta estima, señor, tengo el honor que me otorgáis.

REY

¡Qué estrépito! ¡Por vida de romeros!... Cerrad la ventana.

Uno de los hombres armados vuelve a cerrar los cristales.

CONDE

¡Bien alzan las voces!

BRANDOÑAS

Agora ya parece que se alejan.

Va decreciendo paulatinamen-
el griterío.

ESCENA VII

Los mismos y UN PAJE. Después FRANDOVILLE

PAJE

Por el fondo.

La Infanta, señor, os pide audiencia privada.

REY

Ve y dile que aluego se la daré.

Vase el PAJE.

BRANDOÑAS

Graves males, señor, deben aquejar a Su Alteza la vuestra hija.

GRANDE I.º

En pocos días muy grande es su mudanza.

CONDE

Desde que llegué, la vi yo, de vez en vez, cruzar por los jardines, tan ensimismada, que otra cosa que a sí misma no veía.

BRANDOÑAS

Con su alta condición, tan prolongada doncellez no se aviene.

REY

Varios magnates rehusó su altivez de Princesa. Yo prevendré a sus penas, cuando sus penas conozca, que nunca me las dijo ni yo la requerí para ello.

El rumor de la peregrinación se adistancia y decrece.

FRANDOVILLE

Por el fondo.

Señor...

REY

¿Se van ya, Frandoville?

FRANDOVILLE

Pesadamente se alejan. Andan apretujados, en grupos, cual si en haces los hubieran ligado. Aislados, atados unos a otros con sogas, se arrastran los lazarinos. Los hechizados, cercados de mendicantes, se tuercen, retuercen y vociferan, entre las espesas polvaredas que alzan del suelo.

REY

Bajando del trono.

La misericordia de Dios los sane. Decid que para mañana queda aplazada la audiencia.

BRANDOÑAS

Los merinos del señorío vecino, señor, demanda apremiante traen.

Piérdese a lo lejos, y cesa del todo el rumor de la turba.

FRANDOVILLE

El Obispo llegado de Sansueña, grave requerimiento anuncia.

BRANDOÑAS

Los enviados de Valduerna, urgente apelación exponen, sin contar las instancias de los Alcaldes.

REY

Oírlos hoy no puedo. Venid conmigo, Alarcos, que la respuesta que doy al moro apremia. Vencidos mis enemigos, cumplida tregua a la guerra deseo, sin hacer caso a mis caballeros, que por llenar muy grandes sueldos, siempre desean la pelea, folgando cuando ven la tierra en robería.

Se dirige a la salida del fondo, deteniéndose al súbito resueno de armas y de voces desaforadas de mujer.

¿Qué nuevo ruido es ese?

BRANDOÑAS

¡Y tan vecino a nos!

REY

Id a ver, Conde, quién se atreve a tanto.

ESCENA VIII

Los mismos, UN HOMBRE DE ARMAS y UNA MUJER

HOMBRE DE ARMAS

Alteza...

REY

¿Quién osa aquí gritar?

HOMBRE DE ARMAS

Una mujer, señor, que por todas las salas de palacio logró paso, dando piedad. A los golpes de escudo que la dimos, resistió, hurtando el su cuerpo, bu-

llendo como loca, desesperando por veros. ¡Su albedrío pudo más que nuestras lanzas! Hela aquí, señor.

Llega prontísima UNA MUJER de años, sin llegar a vieja, muy morena, alta, desgreñada, descalza y con las sayas en jirones.

MUJER

Cayendo prestamente hinojada, y besando el suelo, sin dejar lugar a que el REY y su corte se repongan de la sorpresa Habla en salmodia, marcando, epiléptica, las palabras con las manos, fuertemente entrecruzadas, que lleva del pecho al suelo y del suelo al pecho.

¡Señor Rey, gracia! ¡Gracia, señor Rey! ¡Gracia! Que me den la muerte; que desmenucen los mis huesos y los echen a perros hambrientos; que me vacien los ojos de la mi cara, y ciega me dejen; que entre víboras me encierren; que pisoteen las mis entrañas y las ti-

ren entre basuras de establo; mil muertes, señor Rey, para mí, por una gracia que os pido.

Volviendo a besar el suelo.

De rodillas, sangrando, penando, orando, implorando, me iré yo por la alteza de mi Rey, si el mi Rey me atiende.

Todos miran y escuchan silenciosos.

REY

Levanta, mujer.

MUJER

A levantarme yo no alcanzo, que, ante mi Rey, la cabeza en el polvo me tengo.

REY

¿Cómo llegaste a mí?

MUJER

Abriéndome senda con mi miseria.

REY

¿Qué pides?

MUJER

¡Clemencia!

REY

¿Clemencia de qué? Sépalo yo de una vez.

MUJER

Mi hijo, Alteza, era rubio, como trigal que se pasa, y tierno como fruto tempranero. Malas hechiceras me lo envidiaron, embrujáronle, y lepra le salió. En los cercados del mal maldito me lo encuevaron, y a mí con él no quisieron.

REY

Acorta, mujer, que más vagar no tengo.

MUJER

En lo negro del foso se pudre. Desde lo más hondo se lamenta, y el aire, de oírlo, se entristece, y toda yo me rompo, que de mis entrañas salió el mo-

cico y nunca fué cativo ni daño fizo... ¡Que me arranquen la lengua si miento y pies la estrujen!

REY

¿Qué puedo hacer yo con eso, mujer?

MUJER

Toda la briba de truhanes desalmados, que Infierno consuma, se mofa de sus quejas, y manos de rufianes me lo apedrean y escarnecen, y en las llagas de su lepra entran piedras, y de mí facen burla los que pasan, si me quejo, y al cercado no me echo porque fierros lo impiden, y por entre ellos veo que el mal de el mi hijo es tanto, que todo el cuerpo encarroña, y de espanto no han querido sacármelo para que conmigo a Jerusalén vaya, que la misericordia de Nuestro Señor Jesús lo sanaría, que cristianos somos y de criaturas de Dios na-

cimos... Que me dejen, señor, con el mi hijo estar, que óleos santos y olorosos sé, y ungüentos tengo, y sus lacerías sanaré, y si lepra me sale, rosa en mis carnes la creeré, que de mi hijo vendrá y por mi hijo saldráme.

Tornando a besar el suelo.

Por las espinas y por la sangre de Nuestro Señor el Cristo; por las lágrimas que dejó caer en la tierra su Santa Madre, Señora Nuestra; por la compasión de Dios, señor Rey, que no me lo apedreen desalmados, y que con él me dejen, que a Jerusalén iremos de una jornada, abriendo, con las rodillas desnudas, el camino, y besando la tierra.

REY

Adelantando, seguido de los grandes.

Que con el su hijo la encierren y a salir no vuelva, si no es para una peregrinación piadosa.

MUJER

Andando de hinojos y besando por donde el Rey pasa.

¡Que el señor Dios bendiga a nuestro Rey! ¡Sagrado es el suelo que pisa! ¡Sagrado, sagrado!...

REY

Deteniéndose, vuélvese hacia la Mujer.

¡Basta!

MUJER

Besando aceleradamente el suelo varias veces, levantándose y yéndose, dando alaridos.

¡Que con el mi hijo me encierren! ¡El señor Rey lo quiere! ¡El señor Rey lo manda!

Síguela el hombre de armas que la precedió.

FRANDOVILLE

¡El mismo lamento era su decir!

REY

¡Gran amor por su hijo tiene!

BRANDOÑAS

¡Hasta a las fieras, hondas quejas arranca el amor, que de él nacimos y por él padecemos y lloramos todos en esta vida, tan suspirosa como corta!

CONDE

¡En verdad que amor en el mundo, sea de Dios, sea de criaturas, es el mayor padecer que nos azota!

REY

Así es, Conde, así es. Vamos agora a la mi cámara y conoceréis el mensaje, que el tiempo se pasa.

Van todos hacia la puerta del fondo. Cuando va a salir el Rey, y forma su acompañamiento, asoman dos pajes, levantan el corti-

nón, y aparecen la INFANTA y NODRIZA. Adelanta la primera, frente por frente al REY.

ESCENA IX

Los mismos, la INFANTA, NODRIZA y PAJES

REY

¿Vos, la Infanta?

INFANTA

Audiencia, que aguardo, me prometisteis.

REY

Si espera tiene la audiencia, luego os la daré, que un asunto agora me apremia.

INFANTA

Aquí os aguardo.

REY

¿Por qué, mientras tanto, hija mía, no

distraéis el vuestro ánimo? ¿Dónde andan los trovadores? ¿Dónde los enanos? ¿Dónde mi bufón Barriga? Ni por ceremonia se acercó hoy a mí el truhán.

INFANTA

Dejadlos, señor, en ocio, que no gusto yo agora oír fablar juglerías. Prefiero a solas con mi nodriza estarme.

REY

Mal hacéis, la Infanta, que soledad tan tenida no se aviene a vuestra mocedad. Pronto seré con vos, que el Conde Alarcos se parte, y antes, los dos, jurisdicciones del reino debemos tratar.

INFANTA

Clavando en el Conde los ojos.

¿Apenas llegado y vais ya de partida, señor de Alarcos?

CONDE

Inclinándose profundamente.

De partida, Alteza, aunque breve.

INFANTA

Después de la prolongada ausencia que vuestras embajadas y... (con un titubeo de la voz temblorosa) y bodas motivaron, ni un solo día habéis venido a besar la mi mano.

CONDE

Por no importunaros, Alteza. Vuestro retraimiento a todos nos aduele.

REY

Mucho nos dais que sentir, hija mía.

INFANTA

Vos, Conde Alarcos, nunca importunáis a una Infanta, que desde niña sabéis cuán buena voluntad os tuvo.

CONDE

Sin mirarla de frente y medio doblando la rodilla, toma la mano de la INFANTA y hace ademán de besarla, sin apoyar en ella los labios.

Vos sabéis también, Alteza, cómo yo en grande reverencia os tengo.

La INFANTA retira su mano, que besan igualmente BRANDOÑAS, FRANDOVILLE y varios grandes.

REY

Guárdeos Dios, hija mía.

INFANTA

Él os traiga pronto, padre. Antes de iros, Conde, me daréis la despedida.

CONDE

Yo os la daré, la Infanta.

INFANTA

Mirándolo de un modo muy fijo.

Yo os la recibiré, buen Conde.

A par del Conde vase el Rey con su acompañamiento, que cierran los hombres de armas.

BRANDOÑAS

Quedo a Frandoville, a cuyo lado va, detrás del Rey.

¿Visteis los ojos de la Infanta? ¡Dos fuegos, mirando a Alarcos, semejaban!

FRANDOVILLE

Algo, en efecto, muy vivo escondían.

Quedan a solas Infanta y Nodriza con los dos Pajes.

INFANTA

A los Pajes.

Dejadme sola.

PAJE 1.º

Si quisierais, Alteza...

INFANTA

¡Que os vayáis, quiero! Y a mis da-

mas decid que se alejen asimesmo, que todas me hastían.

Vanse los PAJES.

ESCENA X

INFANTA y NODRIZA. Después, UN PAJE.

INFANTA

Ve si solas estamos.

NODRIZA

Asomándose pronta a todas las puertas, que cierra.

Solas, mi Infanta, que nadie a esta sala se acerca. Guardias lo impiden y un muro grueso detiene las palabras. Dad suelta a las vuestras, que yo sé oírlas y entenderlas, Princesa.

INFANTA

Di que ni un solo juglar entre.

NODRIZA

Vuestro enojo los aleja. Ninguno vendrá a agobiaros con su necedad.

INFANTA

Nadie, en el alcázar, de mis males entiende ni entendería.

NODRIZA

Nadie, no, la Infanta; que yo, desde que nacieron, los sé.

INFANTA

Tú, la mi pena mudas en un deseo, que es aún peor, por lo que impacienta.

NODRIZA

Desear es esperar, y la esperanza, como vida moza y pujante es, por lo que alienta. Esperar es vivir dos vidas: la que se tiene y la que se ensueña.

INFANTA

Tus palabras son encantorio que, a borbollones, me acrecen el ansia.

NODRIZA

Maldoladas fueran mis razones, si vos no sintieseis la verdad de ellas.

INFANTA

La verdad de ellas no me alivia, que antes agranda la hoguera que mi pecho quema.

NODRIZA

Pronto apagaréis su fuego, y el amor dichoso sanará con melada dulzura el vuestro pecho, que amor alcanzado en lucha, florece mejor que amor donado por gracia del destino. Desde que vuestros pies anduvieron, vos visteis derrocarse bonetes a vuestro paso y no gozasteis de la vuestra alteza. Yo sentí

desde niña azotes y menosprecios, y cuando de tierras de moros pasé a Burgos, y mis industrias mudaron mis pobrezas, y di los pechos a la mi Infanta, gocé la bienandanza del regalo que, a a vos, por sobraros, nunca os contentara.

INFANTA

¡No hay bálsamo que mi sangre aquiete! ¡Un aspirar de amor infinito me ahoga! ¡Toda mi voluntad es cautiva suya!

NODRIZA

Grave mal es el cautiverio de la voluntad. Prisionera en el deseo moriría, si yo no estuviera al lado de mi niña la Princesa, para, con mi experiencia, libertarla. Lejos del amado, será el vuestro amor como sed sin agua que la alivie...

INFANTA

¡Bárbaramente abrasa!

NODRIZA

Cerca de vos el amado, será el vuestro amor como ansia que se cura, y al goce de él se entremeterá el deleite de una fatiga a la que se ofrece recuesto de flores. Para bien dormir, no hay como el sueño. Para mejor gustar manjares, no hay sino el hambre. Para hallar gran ventura de amor, no hay como un largo deseo de ella.

INFANTA

¡Ya no es deseo! ¡Di, mejor, locura!

NODRIZA

La locura, si persiste, hiere de muerte; pero, si breve es, bríos da. Tomad en vuestra locura fuerzas.

INFANTA

Con mi locura, un miedo tan grande como el deseo me abate.

NODRIZA

Amor miedoso, no medra.

INFANTA

¡Crimen es sólo codiciarlo!

NODRIZA

Razones os disculpan.

INFANTA

¡El terror de infierno me espanta!

NODRIZA

Ya lo perderéis.

INFANTA

¡Si amarlo en un cielo pudiera!

NODRIZA

Dios se está solo en el cielo, y más amores que el de Él no tolera.

INFANTA

¡Al amor de Dios pedí ayuda, y más me acreció Dios el ansia!

NODRIZA

Si al Conde renunciarais, mayor infierno os aguardaría: que condenarse apenada, es peor que entre venturas perderse.

INFANTA

¡Antes se pierda el mundo que yo a él renunciar! ¡Toda mi alma lo anhela!

NODRIZA

Anhelo de alma no muere, y si lo dejáis incumplido, sed eterna de él tendréis en lo eterno, que insaciado querer es veneno hasta en el cielo.

INFANTA

Sacudiéndola por el brazo y tirándola en tierra.

¡Calla! ¡Demonio y no nodriza me eres, si no es de malos pensares!

NODRIZA

Caída en tierra.

¡Ah, la mi Infanta, que con iras paga a quien la salud le aconseja! ¡Perdedlo! ¡Desfalleced en un aspirar constante, y sean vuestras noches la pena que ahoga y el pensamiento que atormenta! ¡Y mientras vos perecéis y recordáis una promesa, no muy lejos de este alcázar, otra mujer, con lucido mantelo de hermosura y cabellos más finos que las madejas de oro de Arabia, en el que amáis reina!

Levántase, fatigosamente.

INFANTA

¡Sean tus palabras maldición para ella! Monstruo eres del que no puedo librarme, que amor de monstruos tengo. Cuando más quise olvidarlo, aquí lo trajo el infierno, y aquí, tú, fuiste veneno que mis ansiares avivaste, y hoy, la In-

fanta, por llagas de leproso sus heridas de amor trocara.

NODRIZA

¡Ella, en cambio, con dulce halago la vida del que amáis retiene, y el cielo en la tierra encuentra!

INFANTA

¡Ella de mi mal venganza sufra, y en una hora apure todo el dolor que en largos días yo padezco!

NODRIZA

Dulce amor con cadena de hijos lo lleva a la Condesa.

INFANTA

¡Basta! ¡Un vivir muriendo me agobia! ¡Piedad, nodriza, que toda yo de amor sangro!

Retorciéndose las manos, cae adolorida en el asiento del trono.

NODRIZA

En las vuestras manos tenéis el remedio, que tronos os sostienen.

INFANTA

¡Calla!

NODRIZA

No culpéis a vuestro amor de vuestra pena. Culpad a vuestro miedo.

INFANTA

¡Déjame!

NODRIZA

Hija de reyes no parecéis, más bien temerosa villana.

INFANTA

¡Vete!

NODRIZA

Si os dejo, desbordará vuestra amargura, que nadie consolará. ¡El se parte! ¡Y un día volvera aquí con la su espo-

sa! ¡Y vuestra mocedad será un consumirse sin esperanza ante el amor dichoso de la que os roba el amado!

INFANTA

¡No! ¡Él no se irá sin mi venganza! Ahora verás tú si soy o no soy una Infanta.

Va pronta hacia la puerta del fondo, y llama.

¡Un paje! ¡Un paje aquí, al instante!

NODRIZA

¡Así la mi princesa, que grande sois y como tal podéis! ¡Para vos, los amores, por altos que estén, son frutos a los que alcanza vuestra mano!

Entra un paje por el fondo.

INFANTA

Dirigiéndose presta hacia él, apenas lo ve, sin darle tiempo de hablar.

Ve, llégate al Rey en menos de un

suspiro, y dile que la Infanta más espera no tiene, y hablarle al punto desea.

PAJE

Ved, Alteza, que en grave asunto...

INFANTA

Interrumpiéndole con gran vehemencia, y golpeando el suelo con el pie.

¡Réplica no pedí! ¡Sólo mandé!

Vase el paje, presuroso.

NODRIZA

Así, así la mi Infanta, que razones os asisten, y fueros del amor os llevan.

INFANTA

Vete, y déjame a solas conmigo y con él.

NODRIZA

Voime, Alteza, como mandáis; que es-

clava vuestra me soy, y por amor a vos en la vuestra cuita me entrometo.

Vase por la puerta izquierda.
Vuelve el PAJE, y levantando el cortinón, anuncia.

PAJE

¡El Rey!

ESCENA XI

INFANTA y REY. Luego, un hombre de armas.

REY

Otra vez me llamasteis. ¿A qué esa premura?

INFANTA

¡Más esperar no puedo!

REY

Heme aquí.

INFANTA

¡Una congoja me mata!

REY

¡Vuestro rostro se desencaja y pali-

dece! ¿Qué es aquesto, la Infanta? ¿Qué es aquesto, hija mía?

INFANTA

¡Males que tal vez no se atreva a remediar el Rey!

REY

Males que envía el cielo, yo no remedio, que en él no alcanzo jurisdicción; pero con males de la tierra, sí puedo. Nunca fuí más fuerte que agora. Al moro una vez más acabo de humillar. Los nobles son ya tan míos como los halcones maestros que yo mismo adiestré. ¿Recibisteis, acaso, ultraje, Infanta? ¡Ay del que os lo infiriera!

INFANTA

¡Nadie, ni reyes, se atrevieran a inferírmelo, siendo yo la vuestra hija!

REY

¿Por qué, entonces, el vuestro retraimiento?

INFANTA

Menester será, buen Rey,
remediar la vida mía...

Esposo quiero.

REY

¿Esposo? Culpa vuestra es ya no tenerlo. En tierras cristianas os busqué los más poderosos príncipes. Todos los rehusasteis. Si hubierais consentido, ya seríais princesa de Hungría. ¡Ni escuchar la embajada quisisteis!

INFANTA

Yo soy de aquella sangre, padre, que no oyó nunca más voz que la de su propio querer.

REY

Yo soy de aquella sangre, hija, que

os dió vida. En todos mis reinos, vuestro par igual no había.

INFANTA

Olvidáis que sí lo había.

REY

No atino, en verdad, cuál fuese.

INFANTA

El Conde Alarcos.

REY

¡El Conde Alarcos!

INFANTA

Sí.

REY

Grande es entre los grandes, y a los reyes se iguala. Pero, ¿a qué nombrarlo? ¿No tiene ya esposa, y de alta alcurnia?

INFANTA

¡Mayor soy yo!

REY

Hijos cuenta...

INFANTA

¡Si él cuenta hijos, yo cuento penas!

REY

¡Vos no sabéis lo que a los hijos se quiere! Ha poco, una mujer humilde, por el suyo, el alcázar entero conmovió con sus gritos.

INFANTA

¡Peores son los gritos que dentro se guardan!

REY

¡El Conde Alarcos, ser vuestro esposo no podía!

INFANTA

¡Bien pudo jurármelo, y darme de amores fe!

REY

¿Jurároslo a vos, la Infanta, y no cumplirlo?

INFANTA

¡Jurármelo a mí, buen Rey, e no valerme!

REY

Nadie en la tierra fuera capaz de prometer sólo y no cumplir a la Infanta de Castilla.

INFANTA

¡El Conde Alarcos juró, y no cumplió!

REY

¡Vos deliráis, Infanta! ¡Quimera y no verdad me decís!

INFANTA

¡Una angustia de amores me desfallece! ¡Verdad os digo!

REY

¿Por qué, entonces, vuestros amores antes no me dijisteis?

INFANTA

¡Porque mis orgullos se interpusieron!

REY

¿Por qué el juramento no exigisteis?

INFANTA

¡Porque nunca pensé que ello fuera menester!

REY

¿Por qué la boda no impedisteis?

INFANTA

El Conde de Alarcos casó fuera del vuestro reino. Supimos la nueva cuando ya fué, para mi sonrojo, consumada.

REY

¿Por qué callasteis hasta agora?

INFANTA

¡Porque toda yo fuí ira!

Mírala el Rey de hito en hito, con faz torva y pensativa.

¿Qué decide el Rey?

REY

¡Es ya tarde, hija mía!

INFANTA

¡Tarde, y mi amor no ha tenido aurora! ¡Tarde, y mi deseo está creciendo! ¡Tarde, y está por cumplir un juramento!

REY

Yo buscaré para vos entre reyes.

INFANTA

¡El juramento seguirá incumplido!

REY

Yo buscaré para vos entre emperadores.

INFANTA

¡Sólo hay un Conde Alarcos!

REY

¡Olvidadlo, hija!

INFANTA

¡Olvido no hallo, padre! Urgente es curar la mi pena.

Pausa. Quedan ambos cavilosos, con la mirada baja.

REY

Rompiendo el silencio.

Oíd, hija mía... ¿No me escucháis, Infanta?

INFANTA

Cual si de un sopor saliese.

Menester será, buen Rey,
remediar la vida mía...

REY

¡Callad!

INFANTA

¡Callando he pasado mis días!

REY

¡Así hubiera caído en vuestros labios losa de sepulcro!

INFANTA

¡Así hubiera encontrado remedio, y no hablara!

REY

¡Remedio no hay!

INFANTA

¡Remedio tiene el Rey!

REY

¡Remedio no tiene el Rey, mientras viva la Condesa!

INFANTA

¡Que no viva!

REY

¡Infanta!

INFANTA

Escuchad, señor. Mientras yo desfallecí en la soledad, tuvisteis dos esposas más después de la mi madre. Una murió por desamor vuestro, que amores por vos tenía...

REY

¡Poned en vuestras palabras tiento!

INFANTA

¡La otra murió por vuestra mano!

REY

¡Acabad!

INFANTA

Vos, por fiereza de celos sin justicia, por simple sobresalto de vuestro amor encendido, la despeñasteis una tarde

bajando las vertientes de las cumbres nevadas.

REY

¡Basta os dije!

INFANTA

Tres éramos: la Reina, vos y yo. Por sólo testigo, el cielo. Empujada por vos, cayó la Reina con su caballo, tan blanco como la nieve que vestía las alturas. Y las hondonadas del precipicio enrojecieron sus tocas de albura con la sangre real y con la sangre del bruto, por vuestra mano confundidas.

REY

¡Temed, la Infanta, el solo rumor de vuestras palabras! ¡Ay de vos, si un eco las recoge!

INFANTA

Yo sé retener la voz en un suspiro, y

dirigirla, como gobernado venablo, a vuestras entrañas.

REY

¡Espíritus os poseen! ¡Silbáis como serpiente!

INFANTA

Yo supe volver la cabeza y fingir que no veía, desviando el mi caballo y simulando apuro en saltar rocas enhiestas. Yo supe testimoniar la muerte por desgracia imprevista. Yo supe hallar voces disfrazadas tan hábilmente, que a la misma verdad detuvieran asombrada, para explicar cómo desacertó el caballo sus pasos, cayendo con la Reina, y cómo vos quisisteis, en vano, impedirlo, y cómo fué grande el vuestro lloro.

REY

¡Terminad de una vez!

INFANTA

Yo supe mentiros a vos mismo para llevar el sosiego a vuestros remordimientos, repitiéndoos que procedisteis en justicia. Yo supe abultar vuestra sospecha liviana, y supe disculpar en vuestras angustias la muerte que disteis a la Reina, porque un día miró tiernamente al rubio hijo de vuestro huésped, al bello príncipe del Norte.

REY

Convulso, junto a la Infanta.

¡La Reina lo amó! ¡Yo vi lágrimas en los sus ojos, cuando el Infante partió con su padre!

INFANTA

¡Yo vi en los vuestros ojos odio, por vana aprensión crecido, y callé! En vuestras viudeces, yo, vuestra hija mayor, he sabido preveniros mis cuidados. En

vuestros peligros, he sabido acompañaros. Vuestro crimen, lo he encubierto sin necesidad de que a ello me requirierais, y ahora me pagáis no remediando la mi pena, más honda que los abismos que circundan los montes de nieve.

REY

¡Remedio no hallo! Hija mía sois. Vuestra madre fué el mayor amor que encontré en el mundo, y si vos no vivierais, todavía no hubiera acabado mi desconsuelo de haberla perdido. Si vos fuisteis fiel a mi sangre, yo previne más a vuestra grandeza y majestad que a la mía propia. Los aun tiernos infantes que mi última esposa me dió, a vos demandan gracia cuando mi mandato los oprime y regula. ¡Pedidme la mitad de mi reino!

INFANTA

¡Quiero al Conde Alarcos!

REY

¡Pedidme el reino entero!

INFANTA

¡Yo sólo quiero reinar en la vida suya!

REY

¡No puede ser, Infanta!

INFANTA

¡Tampoco puede jurarse en vano, y el juró!

REY

¡Tiene esposa!

INFANTA

¡Dióme a mí antes su mano, en solemne promesa otorgada!

REY

¡Otro juramento le obliga!

INFANTA

¡A mí no me desliga el mío, que fué primero!

REY

¡Yo sólo puedo ya vengaros, Infanta! ¡Os daré al Conde Alarcos muerto!

INFANTA

¡Lo quiero vivo!

REY

¡Es de otra!

INFANTA

¡Que perezca la otra!

REY

¡Infanta!

INFANTA

¡Culpa de él es, si tomó esposa, siendo mía la su fe!

REY

¡Ah la mi hija! ¡Vuestras palabras son como la noche negra, donde el mal se esconde! ¡Mi consejo no alcanza a remediar la vuestra vida!

INFANTA

¡Alcanza el mío! Llamad al Conde, demandadle por la fe jurada, exigidle que la cumpla y...

...mate el Conde a la Condesa,
que nadie no lo sabría,
y eche fama que ella es muerta
de un cierto mal que tenía,
y tratarse ha el casamiento
como cosa no sabida.

REY

¡Ah, si vuestra madre viviera, no os daría esos consejos!

INFANTA

¡Ah, si mi madre viviera, no hubiérais vos, con sangre de una reina justa y prudente, teñido las nieves!

REY

¡Ella dió a otro su pensamiento!

INFANTA

¡Él dió a otra sus amores, que eran míos!

REY

No os acordéis más de él. ¡Un Rey que no imploró nunca os lo ruega!

INFANTA

Vengadme, padre. ¡Una Infanta que no imploró nunca, suplicante agora os lo demanda!

REY

¡Es iniquidad!

INFANTA

¡Es justicia!

REY

¡Infanta!

INFANTA

¡Rey!

REY

¡Cómo estáis helando mi ánimo!

INFANTA

¡Cómo estáis acabando de partirme el alma, mostrándome la vuestra cobardía!

REY

¡Me habláis a mí de cobardía!

INFANTA

¡A vos, señor, que el miedo os invalida! ¡Buscaré otro campeón!

Vuelve la espalda al Rey, y alejase despacio, soltando el llanto.

¡Ya no tengo Rey! ¡Ya no tengo padre que remedie la vida mía!

REY

¡Deteneos! ¡Oíd!

INFANTA

¡Sólo oigo ya mi quebranto!

REY

¿Es vuestro último decir?

INFANTA

¡Es mi único querer!

REY

Aguardad, pues.

Llega a la puerta del fondo, asómase por el cortinón, y grita.

¡Uno de mi guardia!

INFANTA

¿Qué intentáis?

REY

Pronto lo veréis.

Entra un HOMBRE DE ARMAS.

¿El Conde Alarcos?

HOMBRE DE ARMAS

Está con los Grandes.

REY

Decidle que el Rey lo llama.

Vase el HOMBRE DE ARMAS.

INFANTA

¿Por qué aquí lo llamáis? Habladle más tarde a solas.

REY

¡Eso ya no os incumbe! ¡Agora ya no habláis a vuestro padre! ¡Habláis a vuestro Rey!

INFANTA

¡Y vos a una Infanta, que os es hija!

REY

Pues que la Infanta dióme su queja, aguarde a que yo la oiga en trámite debido, y que aluego sentencie.

ESCENA XII

Los mismos, y el CONDE ALARCOS

CONDE

Por el fondo.

¿Qué me quiere el Rey?

INFANTA

Saludando.

Yo, señor, os dejo.

REY

Vos, señora, os quedáis mientras yo disponga. ¿Os urge mucho la partida, Conde?

CONDE

Ya sabéis, señor, que apremiantes cuidados me obligan.

REY

Voy sabiendo que antes cuidados mayores aquí os retienen.

CONDE

¿Qué cuidados, señor?

REY

La Infanta, mi hija, hame dado de vos justa querella, Conde.

CONDE

¡La Infanta, señor!

REY

La Infanta, Conde, la Infanta.

CONDE

¡Un sobresalto, señor, me aqueja!

REY

Nada os aquejará, si limpio estuvieseis de culpa.

CONDE

¡Mi culpa, señor, fué amarla mucho!

INFANTA

¡Su culpa, señor, fué no amarme nada!

REY

Imperioso a la INFANTA.

¡Silencio vos! Si la amasteis, Conde, ¿por qué al Rey no la pedisteis? Grande entre grandes sois.

CONDE

Cuando la amé yo, señor, era casi niña. Más tarde, temí haber caído en su desgracia.

REY

Y habiendo jurado en vano, ¿no temisteis caer en la de Dios?

CONDE

Cuando yo, señor, juré, no juré en falso.

La Infanta intenta hablar. El Rey, con gesto y mirada, se lo impide.

REY

Si no jurasteis, Conde, en falso ¿cómo tenéis otra esposa?

CONDE

Tengo otra esposa, señor, porque antes jurado había mi padre a los Condes de Turienzo, que la hija de ellos Condesa de Alarcos sería.

REY

Vuestro padre ha muerto. Sólo vos en la tierra respondéis de vuestros juramentos. En poco tuvisteis el que disteis a la Infanta.

CONDE

Yo la amé, señor, muy mozo, y después de un día de jornada, en el descanso de una noche, al pie yo de los ventanales de su albergue, apoyada la mi mano en el llamador de la puerta, para resistir el empuje de mi sangre, que a plenas venas saltaba y a pleno correr me sacudía, yo la juré que suya era mi voluntad. La Infanta, señor, inmóvil como relieve del alcázar, no alentaba. Sus ojos, más negros, al suave lucir de las estrellas, que la misma noche, hincados en mí se estaban, y el correr de mi sangre paróse, por el admirar y el temer de aquellos ojos más hondos que el misterio, más lejanos, con estar cerca de mí, que los arcanos del cielo.

REY

¿Y cómo habéis cumplido el juramento?

CONDE

La Infanta, señor, por toda respuesta, sacó el pecho fuera del ventanal, alargó su mano, y con el movimiento se soltó la cinta que el oro de sus cabellos anudaba, y entre las hebras de su cabellera, que el viento, como ola, de un lado a otro llevaba, hasta dar con ellas en mi rostro, yo besé la su mano, y partí... Dos pasos anduve, y la Infanta dijo: «No lo olvideis, buen Conde: mía es vuestra voluntad.» Volvíme yo, y sólo vi ya cerrarse los ventanales, que, al juntarse, azotó el aire con furia, arrancándoles plañidos.

REY

¿Ese es todo vuestro contar?

CONDE

Poco falta, señor. La Infanta era una niña. Ya mozo, y fuerte, yo. En guerrear

a vuestro lado y solo, se pasó mi tiempo como sabéis.

REY

Id presto a lo que yo no sé.

CONDE

Pródigamente, señor, pagasteis mis servicios. Pasaron años en que apenas pisé yo vuestra morada, y vos mismo, lejos de la Corte, corristeis tras las huestes moriscas, tras los nobles rebeldes. En ese tiempo, sólo dos veces vi a la Infanta, ya en lozanía de mujer florecida. Miróme ambas veces con los sus ojos de negrura y de misterio, y ni en ellos ni en sus palabras vi yo remembranza de aquel amor jurado. La Infanta, señor, fué ya para mí una majestad severa. Vila con su corona de oriental pedrería ornada, descolorida por la otra natural corona de sus cabellos, que al mismo oro

deslucen. Vila con sus manos de Princesa, que yo he besado ya siempre hincando la rodilla en tierra. Cuando yo partí a reinos extranjeros, con embajadas vuestras honrado, mi padre me reveló su juramento; y deber mío, de buen hijo, era cumplirlo. En estados, a vuestro dominio extraños, estaban entonces los condes de Turienzo. Sólo ya vive el Conde, que a vos rinde agora pleitesía. Ningún aviso de la Infanta reclamó mi jurar, hecho a una niña en un tiempo, ya entonces tan lejano, que yo creí en su memoria vago recuerdo adormido.

INFANTA

Ya veis, Conde, que no a todas las memorias alcanza el sueño que aduerme recuerdos.

REY

¿Es eso todo lo pasado entre la Infanta y vos?

CONDE

Eso es lo pasado, como conde Alarcos me llamo.

REY

¿Calló algo el Conde, Infanta?

INFANTA

¡Dijo ya bastante, señor! ¡Ya veis como es cuitada la vuestra hija, y si es justa su querella!

REY

Dejadnos, señora, solos agora.

INFANTA

¡Hacedme, buen Rey, justicia!

REY

¡Dadlo por seguro, Infanta!

Vase la INFANTA. Pasa junto al CONDE sin mirarlo.

ESCENA XIII

CONDE y REY

REY

¿Por qué habéis prometido a la mi hija lo que ella no os pedía?

CONDE

Fué amor de niños, señor.

REY

Por si promesa de grande no fuera ya mucho, jurasteis también.

CONDE

La noche y el amor que yo por Su Alteza tenía, trajeron el juramento.

REY

Cumplirlo, Conde, exige la honra mía.

CONDE

¿Cómo cumplirlo, señor Rey?

REY

Como lo jurasteis, buen Conde.

CONDE

¡Lazos me unen a la de Alarcos señora!

REY

¡Desatadlos!

CONDE

¡Vos, sabéis, Alteza, que sólo la vida truncarlos puede!

REY

¡Una vida vale menos que un juramento y una honra!

CONDE

¡Tomad la vida mía!

REY

La vuestra, ya no es vuestra, que es de la Infanta.

CONDE

Matar a la condesa no puedo, que mal no merece.

REY

Vos la mataréis por voluntad del Rey, que así conviene a mi honra de príncipe, y echaréis luego fama que ella es muerta de *un cierto mal que tenía*. Es mi mandato.

CONDE

¡Otro más alto de Dios lo anula!

REY

¡La voluntad del Rey es la de Dios!

CONDE

¡Él os la demandará!

REY

¡Yo sólo a Él daré cuenta! Id, Conde, a vuestro castillo, que bien cerca se está, y volved al amanecer con mi decreto cumplido. ¡Ay de vos si el secreto os escapa! ¡Ay de vos si en todo no obedecéis al Rey!

CONDE

¡No podré, Alteza! La condesa es tan inmaculada, que su límpido espejo, al reflejarla, se ilumina, cual si en él se mirase el cielo.

REY

¡La Infanta es de aquella condición que a todas las virtudes humilla!

CONDE

Señor..., ¡no puedo!

REY

¡Tenudo seréis a facerlo!

CONDE

Decidme, señor, que conquiste para vos el mayor imperio del mundo, y me veréis partir y conquistarlo, que ansia tiene mi pecho, y poder mi brazo, para alcanzaros la tierra entera.

REY

¡Para conquistar imperios sólo en mí fío, que aun conservo yo bríos en el corazón y en las carnes!

CONDE

Decidme, señor, que os dé mi vida, y vuestra es al punto, que fiel vasallo os soy, e os la debo. Pedidme la hacienda, y es vuestra al pedirla, que en deuda con vos la tengo. De todos vuestros nobles, el Conde Alarcos es el más vuestro. ¡Pero de la vida de mi esposa, señor, adueñarme no es lícito! ¡Tres hijos dióme, que aun no pueden valerse! Uno,

el más tierno, de tres amas que tiene, sólo en su madre se alimenta, que los demás senos rechaza. ¡A la Condesa, buen Rey, mi albedrío no alcanza!

REY

Me contrista, buen Conde, la cuita que os doy; pero remediarla no puedo. Mataréis a la condesa.

CONDE

¡No hallara valor! ¡Lo intentaría, y, como un niño, el temblor y el lloro detendrían la mi mano!

REY

¡Vuestra mano la matará por mandato del Rey!

CONDE

¡Ved, señor, que no podría!

REY

¡Ved, Conde, que sí podréis!

CONDE

¡Gracia para la Condesa, señor!

REY

¡Sólo puede dárosla mi hija, Conde!

CONDE

¡Dejadme caer a sus pies, que ante mujer no es desdoro fincar la rodilla en tierra!

REY

¡Así el perdón consigáis, que suya es la querella, y no puedo yo perdonarla!

CONDE

¡Lo conseguiré, buen Rey!

REY

¡Poco lo fío, buen Conde! Aquí os enviaré a la Infanta. ¡Es más tenaz su ánimo que la roca, porque ésta se parte, y su ánimo no!

CONDE

Es ánimo de mujer, y se ablandará, señor.

REY

A él os sujeto, pues que suyo es el agravio. Yo, su padre y su Rey, sólo puedo repararla y sostenerla. Oídlo bien, Conde. Si la Infanta no os perdona después de a solas hablarla, la Condesa de Alarcos será ella. Dentro de una hora traeréis el perdón de la Infanta, o me daréis el adiós para vuestras tierras, donde esta misma noche cumpliréis mi mandato.

CONDE

¡En la clemencia de Su Alteza fío!

REY

Fiad más en el valor de vuestro temple, que bien lo habréis menester. ¡Hasta dentro de una hora, y que Dios os guarde, Conde!

CONDE

¡Que a vos también os guarde, Alteza!

Vase el Rey

ESCENA XIV

CONDE y la INFANTA

Queda solo el Conde. Cruza la escena y llégase a un ventanal, donde se apoya. Permanece silencioso, con el rostro, que la pesadumbre del dolor abate, inclinado sobre el pecho. A poco entra la Infanta, callada; mira a todos lados y va ante el Conde, que no repara en ella, ni la siente llegar. Míranlo ávidamente los ojos de la Princesa, con la terca querencia de un codiciar infinito.

INFANTA

Después de larga pausa.

Heme aquí, Conde.

CONDE

Saliendo de sí mismo con un temblor de susto que a todo él sacude.

¡Alteza!

Míranse ambos, sin hablar, unos instantes.

INFANTA

Díjome el Rey que pedíaisme audiencia. Vedme como a vuestra esposa, pues yo recibí la vuestra voluntad.

CONDE

¡Piedad, señora!

INFANTA

¿Piedad? ¡Tengo más que piedad para vos! ¡Os tengo un amor tan grandre, que yo misma no puedo sustentarlo y vivo como abatida!

CONDE

¡Nunca, Infanta, lo creyera!

INFANTA

¡Siempre, Conde, vuestra me estuve!

CONDE

¡Ante mí, siempre os vi muda!

INFANTA

¡Grande fué vuestra ceguera!

CONDE

¡En verdad que poco os vi!

INFANTA

¡Yo nunca he visto más que a vos!

CONDE

¿Por qué antes no me advertisteis?

INFANTA

¿Por qué antes mis ojos no mirasteis?
¡Ellos sólo por vos lucieron!

CONDE

El vuestro mirar, señora, fué lo solo en el mundo que, como al sol, no pude arrostrar de frente, pues dos soles negros lleváis en rostro, que mirando queman como astros de fuego.

INFANTA

Yo, Conde, os odio tanto como os amo, que en amor y rencor me habéis hurtado la mi vida. ¡Bárbaro tirano de una Infanta doncella, por vos se abrieron mis ojos al tumulto de un anhelar furioso que fuéme con impiedad de monstruo abrasando en sangre hirviente las entrañas! ¡Princesa soy de corazón sangrante, que por vos trocó su último lloro de niña en amor loco de mujer!... ¡Todas mis horas han sido ansia de vos, que jurándome amor no advertíais cómo me ibais también llevando el ánima!

CONDE

¡Escuchándoos, señora, todo yo vivo ya sin vivir en mí! ¡Vuestra mirada, sombrío abismo sin límite que acaba el prodigio de dar luz de la negrura, de mí se apodera! ¡Por vos, señora, empiezo a saber yo qué es miedo en la vida!

INFANTA

¡Cerca de vos, Conde, siento yo como si el aire fuera lumbre! ¡Vuestro miedo es sólo reflejo de mi espanto! ¡Yo soy tan de vos, a pesar mío, que ni el infierno para lograros me detuviera, pues ya por vos en él entré siendo niña!

CONDE

¡Infanta, Infanta, a mí me arrastraréis con vos!

INFANTA

¡De él en lo más negro sumérjame yo

antes que mi ánima de la vuestra separen!

CONDE

¡Ay de la mi esposa, Infanta, Infanta!

INFANTA

¡La vuestra esposa soy yo! ¡No imploréis por la otra!

CONDE

¡Ella muerte no merece!

INFANTA

Acercándosele.

¡Vos, peor que muerte me disteis! ¡Yo os quiero con aquel amor de locura que no cabe en el cielo! ¡Con aquel amor que del mismo Dios se desvía, porque no puede repartirse!

CONDE

¡Infanta, Infanta, cerca de vos veo

abrírseme las puertas de un sueño en el que se desquicia el mundo!

INFANTA

Casi juntando su rostro al de él.

¡Te quiero!... ¡Te quiero!

CONDE

Retrocediendo un paso.

¡Ah los vuestros ojos, los vuestros ojos, donde no hay un destello que no arda!... ¡Cómo en mí se hincan y dominan!

INFANTA

¡Tu mano!

Tomándole convulsa ambas manos, que con las suyas entrelaza.

¡Como fuego abrasan!

CONDE

¡Como ascuas las tuyas queman!

Pausa. Quedan ambos como extáticos, mirándose uno en otro.

INFANTA

¡Qué vivir de amor que ahoga!

CONDE

¡Qué vivir de dolor penando!

INFANTA

¡Te quiero mío, mío, mío!

CONDE

Fuera de sí, queriendo besarla.

¡Tu boca!

INFANTA

Apartándose y soltando las manos.

¡No! ¡Un beso nuestro será el morir, y como el morir eterno!

CONDE

Volviendo bruscamente en sí.

¡Silencio! ¡Oigo pasos!

INFANTA

El Rey mi padre, se acerca.

Sepáranse ambos, intentando ocultar su ansioso sobresalto, bajando la mirada y tratando de acallar el respirar anhelante. Entra el Rey.

ESCENA XV

Los mismos, y el REY

REY

Avanzando y mirándolos, con sorpresa creciente.

¡La color os huyó del rostro!... ¡Cómo habéis mudado en tiempo tan breve! ¡El vuestro respirar se oye como aliento de corzo herido!

INFANTA

Con voz profunda, cual si de lo muy hondo saliera.

El Conde Alarcos pedirá a vos mañana la mi mano.

CONDE

Inclinándose con sombría calma, de una resignación trágica y con voz mate.

El mandato de mi señor Rey será cumplido esta noche.

Vase por la izquierda, muy despacio, como si a sí mismo se arrastrara.

INFANTA

Ya lo oís, buen Rey. ¡Remediada está al fin la vida mía!

Vase por la derecha.

REY

Solo en medio de la escena, mira a un lado, mira a otro, viendo alejarse al Conde y a la Infanta. Adelanta luego dos pasos y queda silencioso, meditabundo, y fijo cual estatua. Después, en un

temblor penoso, lleva ambas manos al pecho y dice para sí, con el tono del mismo terror que hablara.

¡Un pavor siento!...

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

NTERIOR amplísimo de un castillo del Conde Alarcos. El mismo estilo románico. Arcos bajos sostenidos por firmes columnas de capiteles achatados, sin relieves floridos. Gran trecho de pilar a pilar. Cuarteadas las bóvedas añosas. Holgada chimenea encendida a la izquierda. Asientos de roble y cuero claveteado, muy usados, con huellas en los respaldos, de largos recuestos. En el fondo, portalón redondeado en lo alto, de dos gruesas hojas de madera obscura, ferradas, y a

medio entornar. En cada hoja, remates de clavos de metal forjado, con ancha cabeza estriada, o labrada a capricho. A la derecha, y a cada lado del portalón, ventanal con cristalería de colores, representando también, como en la residencia real, linajes de beatos y beatas, con túnicas sencillas y báculos cándidamente ornamentados. Comienza el acto al entrar la noche. La luz de la luna relumbra pálidamente tras los ventanales, tiñendo su blanco reflejo argentado en los cambiantes de los vidrios. A la izquierda, puerta baja cuadrangular, de una sola hoja, también ferrada y claveteada. A la derecha, muy al primer término, otra tapada por una cortina de tinte rojo obscuro, y sobre el dintel, un cuadro figurando una Dolorosa bizantina, alumbrado por una lamparilla colgante. En el mismo lado, ante las ventanas, una mesa mantelada, con enseres de comida, vasos y garrafones. Los muros laterales, donde se abren los vanos de las puertas, deben estar inclinados, de modo que ambas, especialmente la de la derecha, sean vistas por todos los espectadores de los lados. De la bóveda central pende una abultada lámpara de

hierro repujado, corona condal en lo alto y luces encendidas.

ESCENA PRIMERA

SENTADOS ante la mesa, el CONDE y la CONDESA DE ALARCOS, y entre ambos, sus hijos mayores, dos tiernos infantillos de tres y cuatro años, que cabecean soñolientos. Un aya, en pie, tras de cada rapaz. En el centro de la escena, DIEGO, el escudero viejo. Dos servidores, cruzan varias veces llevándose el servicio de la comida, hasta dejar la mesa desmantelada. El CONDE, abstraído, humilla el rostro en el pecho. La CONDESA lo mira y remira acongojada.

CONDESA

En balde nos concedió hoy el sustento nuestro señor Dios.

DIEGO

Apenas tocadas volvieron las viandas al repostero.

CONDESA

Siempre la divina gracia bendijo nuestra mesa. ¡Que el desolado tornar

del mi esposo no nos ahuyente el favor del cielo!

Pausa.

¿Por qué desoís mis cuidados? Yo esperaba la vuestra vuelta, más ansiosa que nunca. ¿Nada me decís, señor? Jamás os vi de esta manera.

CONDE

Levantando el rostro. Un rebrillo de lágrimas en los ojos enrojecidos y una expresión desolada acusan el inmenso agobio de su pena.

Todo yo me creo enterrado en lo hondo, muy hondo, de un pensar. No me preguntéis, señora, ¡que harto sabréis luego!

CONDESA

¿Penas tenéis y las guardáis para vos solo, olvidando que, por vuestras, son también mías?

CONDE

Tregua os pedí, que demasiado os diré, esta misma noche, cuando la hora sea venida. ¡Así pudierais no saberlo, y mucho mi dolor amenguaría!

CONDESA

El secreto mi inquietud aumenta.

CONDE

¡Ojalá secreto siempre fuera para vos!

DIEGO

Si licencia me dierais, bien me iría.

CONDE

Deteniendo al escudero con un ademán.

Espera.

A la Condesa.

Besad, señora, a vuestros hijos y que los lleven.

CONDESA

A las ayas, luego de besar a los infantillos, que, adormilados, en nada reparan.

Tomadlos, y que me avisen cuando el de pecho despierte, aunque el mío no podré darle hoy, que el sobresalto lo amarga.

Las ayas toman a las criaturas y las presentan al Conde. Éste, caviloso, con la vaga mirada distraída, no se da cuenta. Pausa.

¿No los besáis vos, señor?

CONDE

Que vuestro ángel custodio os ampare y proteja.

En un temblor, besa a los rapaces, que abrumados de sueño, se restriegan los ojos, reclinando la cabeza en el regazo del aya.

CONDESA

Junto a las ayas y volviendo a besar a sus hijos con vehemencia.

¡Que vuestra madre os vea florecer y granar!

CONDE

Basta, señora. ¡No me deis fatiga! Que los lleven he dicho.

Llévanselos en brazos las ayas, atravesando la escena y saliendo por la puerta izquierda. La CONDESA las sigue.

ESCENA II

Los mismos, menos las ayas y los niños

CONDE

Sin apartar de la CONDESA los ojos.

Que os quedéis vos, señora, es mi deseo.

CONDESA

Volviendo sobre sus pasos y sentándose ante la mesa, donde antes estaba.

Desde que llegasteis, es tan mío vuestro pesar, que, aun no sabiéndolo, a llorar sola iba por él, por no disgustaros más con mis lágrimas, ya que mi vecindad parece hoy agravaros, en vez de serviros. Nunca fué así.

CONDE

Callando, señora, me placeríais más agora.

Volviéndose al escudero.

Tú, viejo Diego, de gente ha poco recogida en el castillo me hablaste.

DIEGO

A varios cogió aquí la noche, señor, entre ellos a un traficante judío, con reata de mercancías, que en casa de vi-

llanos se hospeda y la posada paga. Pidióme licencia, pues parte cuando amanezca, para esta misma noche presentar a la mi señora bordados, sedas y mirras de Persia, arneses de Milán, blandos paños de Londres, guantes de flores, escarlatas de Brujas y de Mellinas, como nunca tan finas se vieron en estas tierras, canelas bien olorosas de Oriente, brocados, tejidos y cadenas de oro de Arabia, maderas de suaves aromas y muchas reliquias de los santos lugares, en estuches de pulido sándalo y cedro. Todo traído, según dice, con grandes peligros pasados en mares y tierras.

CONDE

Nada necesita tu señora la Condesa. Dile que no al mercader, que, por tal y por judío, mentirá en todo, jurará en falso, mostrará una medida larga y con otra chica tasará la mercancía; por eso

la noche escoge, que el que face mal, aborrece el sol... ¿Quiénes más llegaron?

DIEGO

Fuera del judío, la peste de mendigadores y caminantes plañideros que por estas comarcas peregrinea. Mi señora la Condesa, a todos los que van de jornada implorando limosna, mándame, como sabe el mi señor, acoger cuando escurece.

CONDE

¿Cuántos hay esta noche?

DIEGO

Tres mal andantes extranjeros decrépitos y herejotes, y un mendigarllote romero mal fadado, que parece hechicero. Ellos tiénenme un mucho medroso de que hayan cometido alguna malfetría, trayendo de paso conjuros de mala esperanza a este vuestro señorío.

CONDESA

Pobres son, Diego, y caridad para todos nos manda nuestro señor Jesús.

CONDE

Que bien les vigilen y fabladurías no les consientan.

CONDESA

Yo los vi perecidos de hambre y de fatiga. Después de la cena que les dieron, más serán del sueño que del fablar.

CONDE

Que todas las puertas cierren. Ni un rumor gustaría yo de oír esta noche.

CONDESA

Mi padre el Conde, cada vez más añoso y agobiado, con saludos, nos envía un mozo adiestrador de halcones, al

que muy niño recogió y enseñó el halconero mayor de mi padre. Yo jugué con ese mancebo en mi niñez.

CONDE

Ver gente agora no me place.

CONDESA

Si no os apena mucho, os rogaría que le dierais audiencia, que mi buen padre lo envía con dos halcones que os regala: un gerifalte tamaño y un neblí gentil. Si demoráis recibirlo, creerá que en poco a mi buen padre atendéis. Gran cazador es el tal mozo, y en mucho lo estimaría yo si tanto mal no ficieran sus artes a otras aves tiernas.

CONDE

¡Complaceros más que nunca esta noche me es fuerza!

DIEGO

El vuestro halconero mayor, también desea veros, señor.

CONDE

Decid que entren y breves sean uno y otro.

ESCENA III

Los mismos y un PAJE.

PAJE

Por la puerta izquierda.

Señora, el vuestro hijo de pecho, desvelado llora. Las amas no pueden acallarlo.

CONDESA

Al Conde.

Con vuestra venia me voy cerca del mi hijo. Desde vuestra llegada, un solo beso distraído le disteis. ¿Queréis que conmigo os lo traiga aluego?

CONDE

Id, señora. Dadle el pecho, acalladlo, dormidlo y volved después sola, que de vos sola he menester.

CONDESA

La voluntad del mi esposo es la mía.

Seguida del PAJE, vase por donde éste vino.

CONDE

Al escudero.

Di a los halconeros que entren.

DIEGO

De seguida, mi señor.

Vase por el portalón.

CONDE

Alzándose y paseando por la escena en actitud desasosegada, dice para sí, en un estremecimiento.

¡Ah la Infanta, la Infanta, en qué negro abismo me hundes!

ESCENA IV

CONDE, DIEGO, HALCONERO MAYOR y MANCEBO milanés. Después, CONDE y DIEGO solos. Al final, CONDESA.

DIEGO

Tornando por donde se fué, con el HALCONERO y el MANCEBO.

Aquí están, señor.

Pausa. El CONDE, ensimismado, no atiende. DIEGO, sin pasar del portalón.

¿Pueden entrar, señor?

CONDE

Parándose con brusquedad y fijándose un instante en los llegados.

Entrad, y despachad pronto.

Siéntase de nuevo ante la mesa y queda pensativo, sin prestar apenas atención.

HALCONERO MAYOR

Avanzando entre DIEGO y el MANCEBO.

Al recién venido adiestrador os presento, señor. Habilidoso y sotil cazador parece. Nació en Milán. Se crió cerca de los pinares de Olmedo y es tan entendido en la mantenencia de las aves, como sabidor en las regir y buen cetrero. El vuestro falcón sacre, llamado «Perlado», que daba yo por tan abatido, en pocas horas se reanimó con los remedios del mozo. Os trae un neblí tan bien gobernado y lucido como no vi otro. Es ave de tan gran corazón, noble y orgullosa, que no sosiega en la alcándara y quiere siempre en la caza ser traída en la mano.

CONDE

Maquinalmente al MANCEBO, y sin mirarlo.

¿De dónde es el neblí?

MANCEBO

De la alta Alemania. Recibiólo el pasado estío mi señor el Conde de Turienzo, cuya cansada vejez no le ha permitido verlo tomar garza alta y perdida tras las nubes. De ese neblí singular, de sangre purísima, sin asomo de bastardía, podía yo contaros tantos fechos...

CONDE

Prefiero verlos en lugar de oírlos, que de cazadores hábito es disfrazar la verdad.

MANCEBO

De vuestro halconero, que esta mañana ensayó al neblí, podéis tomar testimonio, aunque sólo viendo el ave vuestra pericia la admirará.

CONDE

Con gesto de cansancio y gran frialdad.

Ya oí hablar de ti. Mucho agradezco a tu señor el envío.

MANCEBO

Agora mi señor sois vos. Un azor os traigo también a medio enseñar, de pénolas robustas y fino plumaje sedeño, y un gerifalte muy altanero y valiente, mejor que vuestros laneros. Pero ninguno puede igualarse al neblí, en pronta rapiña y destreza. Apostaríalo yo con gavilanes, azores, esmerejones, alcotanes y hasta águilas.

CONDE

¿Tú lo adiestraste?

MANCEBO

Yo lo fice halcón, tanto como sus

padres, que debieron ser cabezas de raza, y le di yo mismo la vida, que otros le quitaron.

CONDE

En un suspiro.

¡Ay, mal se la quitarían, cuando tú se la devolviste!

MANCEBO

Poca le dejaron. Cuando el padre de la vuestra esposa, mi señora, lo compró por mi advertencia a un mercader, era de mal tomar, tan cargado de agua y malos humores venía, por las malas carnizas que el judío traficante le administró, por no hacer despensa y conseguir mayor ganancia. De tres hermanos que trujeron, dos fueron al señor Rey, muriendo presto, a consecuencia de haber comido, tiernos aún, carne perruna, más manida que la del perro judío que se la diera y los vendió. Yo

logré salvar al que os regalan, limpiándole el buche de filandras y filomeras, y alimentándolo con viandas vivas y corazones palpitantes de pichón, y cuando, ya sano y enseñado, lo llevé a la primera cacería alta de garzas, el coraje de mi neblí le fizo sacar de la refriega, en las alturas, no cerca de la tierra, que ralea desdeña, un ojo ferido por pico de garza. Curéselo yo con zumo colado de pimpinella bien majada y miel por finísimo lino escurrida, y polvos de coral blanco bien molidos y cernidos, y como la yema no se estuvo alcanzada, el neblí no quedó ciego del lado picado, y más hermoso tornóse el ojo dañado que el sano. Yo, señor, le enseñé a resistir el capirote cual ninguno, y sé gobernarlo a todas horas y venir a la mi mano, más pronto que mi deseo de que venga. Es la mejor ave altanera de Castilla, tan esbelta y derribada de espaldas, de tan

pequeña y firme cabeza, tan codiciosa y ardida, que sólo el Rey o vos, su par, merecen tener sobre ella pertenencia.

Pausa. El CONDE, atento sólo a sus pensamientos, no contesta. El MANCEBO y el HALCONERO se miran sorprendidos.

HALCONERO

¿Os sentís mal, señor?

CONDE

No está mi ánimo para pensar en halcones esta noche, aunque en mucho tengo yo la caza.

MANCEBO

Yo, señor, en mis años, de otra cosa no sé, ni más de la vida quedó fincado en mi entendimiento que pericias y achaques de cetrería.

HALCONERO MAYOR

Con vuestra licencia nos partimos, sin más importunaros, y acaso mañana...

CONDE

Mañana, halconero, sólo Dios sabe si será nuestra aún la vida... Id con Dios.

MANCEBO

Él os guarde.

HALCONERO

Y la gloria os dé.

Vanse los HALCONEROS. DIEGO los sigue.

CONDE

No te vayas tú, Diego.

Sepárase éste y vuelve cerca del CONDE.

HALCONERO MAYOR

Mientras se va, y quedo, al MANCEBO.

¡Caviloso está el Conde, cuando su tiempo a estas cosas hurta!

MANCEBO

¡Muy caviloso y lleno de misterio está, a fe mía!

Desaparecen por el portalón.

CONDE

Ve, Diego; cierra bien las puertas de las otras salas, y cuida que el silencio y el sosiego sean con todos.

DIEGO

Como mandáis se cumplirá, señor.

CONDE

Aviva el hogar antes de irte, que a

veces rachas de frío siento que me hielan la sangre.

Obedece DIEGO, cargando de leños la grandísima chimenea. Las luces de las lámparas tiemblan y chisporrotean.

DIEGO

Terminada su faena.

¿Queréis que dé a las luces aceite nuevo y las despabile? La mi señora renovó, como suele, por su mano, la de Santa María.

Señalando la lamparilla que cuelga sobre el cuadro.

La otra lámpara no se alimentó hoy, y está aún por despavesar.

CONDE

De luces no necesito. Vete y haz lo dicho.

Vase DIEGO por la izquierda, cruzando con la CONDESA, que entra por el mismo lado.

DIEGO

Deteniéndose y saludando.

¿Manda algo la mi señora?

CONDE

Tu señora sólo manda que te vayas.

DIEGO

Con Dios queden los mis señores.

Vase.

ESCENA V

CONDE y CONDESA

CONDESA

¿Tardé mucho, señor?

CONDE

¡Con demasiada oportunidad venís!

CONDESA

El vuestro hablar es cavernoso y triste, cual no oí desde que con vos estoy.

CONDE

Dejando su asiento.

¿Dormisteis al niño?

CONDESA

Dile el pecho con prevención, por la angustia en que vuestro ánimo conturbado me tiene, y con trabajos lo adormí... ¿Visteis, señor, al enviado de mi padre? Junto a él se fizo hombre, y fué siempre rapaz honrado y agradecido.

CONDE

No os curéis de eso, señora, que mala ocasión es esta para pensar en asuntos

de la tierra. Dejadme cerrar bien las puertas.

Yendo al portalón, cerrando del todo y corriendo los cerrojos pesados y rechinantes. Luego hace lo mismo con la puerta izquierda.

CONDESA

Nunca, señor, las cerráis. ¿Por qué tanto recaudo en guardaros?

CONDE

Señalando a la puerta cortinada.

Ninguna salida tiene el nuestro dormitorio. Nadie entrará aquí de improviso. Solos ya estamos.

CONDESA

Solos no, que Dios nos ve.

CONDE

¡Ay, Él sólo os tenga a vos, que a mí ya me dejó de su mano!

CONDESA

¡Dejaros a vos de su mano!

CONDE

¡Llegó la hora de que la negra desgracia sepáis!

CONDESA

¡El susto es ya desgracia por lo que acongoja! ¡Hablad, señor!

Pausa larga. Mírala el CONDE con expresión de terror infinito. La CONDESA, anhelante, espera.

CONDESA

Vuestras palabras aguardo.

CONDE

¡Oh desventurada Condesa! ¡Grande fué el tu infortunio!

CONDESA

¿Qué decís de infortunio?

CONDE

¡Mayor será el mío, que pasiones de muerte también ya me poseen!

CONDESA

Infortunios, señor, no conocí yo a vuestro lado.

Sólo en ser vuestra mujer,
esta fué gran dicha mía.

CONDE

¡Si bien lo miráis, condesa,
esa fué vuestra desdicha!

CONDESA

Nunca, señor, será desdicha, que mucho cariño os tengo, y por vos y nuestros hijos vivo y rezo.

CONDE

Para sí, desfallecido por la amargura, y como si tuviera el alma en los dientes.

¡Ay, ay, ay, es sin razón, es sin razón, mi alma!

CONDESA

¿Sin razón de qué, señor? ¡Como esposa os soy ante Dios, y fidelidad os juré, por mi cabeza os juro agora que no os entiendo!

CONDE

¡No juréis, señora; en nombre del Cielo os lo pido; no juréis por una cabeza que vuestro albedrío no puede hacer que el tiempo torne blanca! ¡No agravéis mi condenación yendo vos también conmigo al infierno!

CONDESA

¿Vos al infierno?

CONDE

¡Al infierno, sí, que mi pena no tendrá fin!

CONDESA

¡Sepa yo de una vez la vuestra pena! ¿Qué tenéis tan demudado? ¡Como se os cambia la voz, se os cambia la cara!

CONDE

Si el decirlo es ya tan angustioso, ¡qué será el hacerlo! ¡Y evadirme de hacerlo no puedo!

CONDESA

¿Qué es aquesto, señor? ¡Decidlo presto, que, con tanto retardarlo, muerte me estáis dando!

CONDE

¡Así de un golpe, sin saberlo os la diera!

CONDESA

¿Qué habláis de muerte, señor? ¡Por la Santa Madre de Jesús ruégovos que al fin me lo digáis!

CONDE

¡Forzoso me es decíroslo! ¡Que dejéis la vida precisa!

CONDESA

¡La vida!

CONDE

¡El Rey daros muerte me manda!

CONDESA

¡A mí, darme muerte! ¡A mí, señor, que en tan alta afección os tengo! ¡A mí, que hijos de vos cuento, y a uno todavía os sustento!

CONDE

¡Ya no lo sustentaréis más!

CONDESA

¡Qué! ¿Es desvarío, figuración mía o locura lo que os oigo?

CONDE

El Rey, que os quite la vida con premura exige.

CONDESA

Apoyándose, descolorida, en la mesa.

¡El Rey!

CONDE

¡En quitárosla presto me va más que la vida!

CONDESA

¡Quitarme la vida a mí! ¡A vuestra esposa! ¡Al amparo de vuestros hijos, que, después de Dios, con vos, son lo que más quiero!

CONDE

¡Hay quien más que a Dios me quiere!

CONDESA

¿Es sueño mentiroso, o verdad, lo que os escucho?

CONDE

¡Verdad, señora, verdad, que a los malos sueños, a veces, la verdad deja atrás, y es más horrible vivir que mal soñar!

CONDESA

¡La sangre en mis venas, al solo veros agora, se pasma y paraliza!

CONDE

¡Con mis lágrimas, al venir, señora, regué el camino; y ellas fueron tantas, que como río en mi pecho cayeron! ¡La gran congoja que os doy, no está en mí remediar!

CONDESA

¡Pedir el Rey la mi muerte! ¡El Rey!

CONDE

El Rey, señora, el Rey.

CONDESA

¿Por qué delito he de morir? ¿Por pago al cuidado con que yo os servía?

Pausa. El conde, callado, mira al suelo.

¡En vuestro callar se hace mayor mi inocencia; que me acusar de pecado grave, es injusticia! ¡Si faltas cometí con vos, no fueron de voluntad, y no las sé yo, que siempre os fuí homildosa!

CONDE

¡La vuestra bondad, señora, mi dolor, que ya no cabe en la tierra, acrece!

CONDESA

¿Os manda matarme, acaso, por ser yo sola en esta vida? ¿Por que tengo al padre viejo? ¿Por que mi madre ya es

fallecida? ¿Por que honesta y fiel a vos me estuve siempre?

CONDE

¡Más oíros no puedo, señora; que oíros es morir yo en lugar de vos! ¡La vuestra muerte ha de ser pronta, que el Rey la espera!

CONDESA

¡La espera! ¡Así tan aína! ¿Es que viviendo le ofendo? ¿Es que el aire, alentando, le hurto?

CONDE

Sabed, señora...

CONDESA

¿Qué más he de saber, si sé ya lo que nunca saber imaginara? ¿Acaso, señor, no tuvo bastantes muertes el Rey con la de mi hermano, el buen Conde don

García, al que hizo matar por sayones, para aliviar el gran miedo que de él tenía y tuvo? ¿Acaso también su bárbaro rencor llegará a la cansada vejez de mi padre, como llega agora a la mocedad de la su hija, que a nadie fizo daño ni injusticia?

CONDE

No es por maldades vuestras que morís; que harto dije, y sabe el Rey cómo es inmaculada vuestra ánima.

CONDESA

¿Es entonces mi vida azar de su capricho?

CONDE

Fuerza es que os diga que en tiempo pasado yo amé a la Infanta, a la que bien servía, y altísima se está en el concepto y en el afecto del Rey su padre. Amor la juré; y ella, hoy, por razón y

por justicia, me demanda y obliga a mataros antes de que venga el día.

Pausa. El conde, trémulo, abate el rostro.

CONDESA

¿Y vos lo cumpliréis, señor?

Otra pausa.

¿Lo cumpliréis, aunque fuera por razón y por justicia?

CONDE

Casi para sí, en un delirio.

Pudiera yo no cumplirlo y contra el Rey rebelarme, que caballeros tengo, y fuerza en mi brazo, y en poca estima la vida... Pudiera yo no mataros, y ojalá el valor de no mataros alcanzara; o de mataros, consiguiera tornar mis entrañas en roca, y no sentir lo que en mi pecho rompen y sangran... ¡Si al menos una sombra de malos pensares vuestros me ayudara!... Pero ni sombra de sombra de males a nadie disteis, y en vez

de llamar lágrimas, las enjugasteis, y como dulce halago consolasteis a las criaturas del Señor, y ¡hasta por las avecillas que mis garceros firieron, implorasteis!... ¡Y mataros esta misma noche me exigen!... Y pudiendo no mataros, os mato, que yo de mí ya no soy; que yo, señora, más que vos padezco; que unos ojos que a la misma oscuridad descoloran, de negros que ellos son; que unos ojos más profundos que el sombrío espacio donde los astros relucen; que unos ojos que entierran en misteterios de deseos locos y malditos, mi ánima desgobiernan y darán fuerza a la mi mano para que antes de que aparezca el día seáis entre los muertos.

CONDESA

Cayendo de hinojos en tierra.

¡Misericordia, señor, que en vuestro mirar veo ya mi muerte!

CONDE

Rezad, señora.

CONDESA

Medio mortecida.

¡Rezar!... ¡Ya!... ¡Tregua, señor!...

CONDE

¡Las horas, como el batir vertiginoso de mi sangre, corren... y el mundo se desmorona!... ¡Tregua no puedo daros, Condesa!

CONDESA

¡Morir, no! ¡Morir, no, no, no, señor! ¡Por mis amores a vos, que fueron grandes y nobles!

CONDE

¡No me los tendréis más en días de vuestra vida!

CONDESA

¡No me matéis, buen Conde; no me matéis! ¡No por mí, que bien sé que un

día de morir tengo; ni tampoco por nuestros amores, que ya no me los tenéis! ¡No me matéis, por vuestros hijos, que son infantillos ha poco nacidos y no podrán valerse, y quedarán, como mi padre, sin mano que los sostenga!

CONDE

¡Valeros no puedo yo! ¡Alzaos, señora!

Levantándola.

¡Tened de mí lástima, como yo de vos la tengo! ¡Valeros no puedo, que otra cosa manda el Rey, que toca en el alma mía!

CONDESA

¡Dejadme, al menos, que de ellos me despida!

CONDE

¡Dejaros no puedo, que si los vierais, mayor vuestro dolor sería!

CONDESA

¿Por qué madre les disteis entonces, si habíais de quitársela apenas dada? ¿Por qué, si jurasteis a la Infanta amores, me disteis a mí los que de otra eran?

CONDE

¡Así la misma justicia perezca! ¡Así me despeñen de alta cima! ¡Así la tierra se parta de oíros, a mataros soy tenudo!

CONDESA

¡De dejarlos, muriendo, sólo lloro! Ya que por serviros viví, consentidme, al menos, pediros, en el santo nombre de los que padecen tormento de injusticia y quebranto de miseria; en el santo nombre de los huérfanos de amparo, que abandonados gimen; en el de los benditos del Señor, que caridad imploran; dejadme, por los siete dolores de

la Santísima Madre de Jesús; dejadme aconsejaros que, con mis hijos, me enviéis a mis tierras, que mi padre me tendrá, y consolaré su vejez, y a los mis hijos criaré mejor que la que haya de venir, y os mantendré castidad, y os seré fiel y honesta, como siempre os fuí. ¡Por esos hijos vuestros, decid al señor Rey que me habéis muerto, y no matadme! Con voz de esposa ya no os lo pido: con entrañas de madre sólo os ruego y reclamo avenencia. ¡Ellos, señor, están desprevenidos e inocentes! ¡Ellos, señor, son más que yo misma, que de mi sangre y de mis amores por vos me nacieron!

CONDE

Sea para mí, hasta el fin, la tortura de lo que hacerse tiene... ¡Ah la Infanta, la Infanta, demonio en criatura! ¡Tu bárbaro poder de loca enamorada, en

cruel tirano me convierte! ¡Tu voz de furia, en mí rebrota y salta! ¡Tu aliento de llama, aun me abrasa! ¡En tu negro mirar quedó esclava mi alma, y el que fué Conde de Alarcos, dueño de hombres y señoríos; el que fué libre como héroe y fuerte como señor de grandes, es ya mísero servidor de tu voluntad, y por tu voluntad conducido, como roble desgajado a merced de los huracanes! ¡Ah la Infanta, la Infanta! ¡No habrá poder en el Cielo que de mí te aparte! ¡Ante mí te veo! ¡Tú, al tu padre y a mí obligaste, con tu albedrío triunfante y maldito! ¡Lo que él codicia, no suelta! ¡Hambriento de pasión y de muerte, sólo muerte y pasión exige!

CONDESA

En un gemido.

¡Oíros es mi muerte, pues que tan suyo sois ya!

CONDE

¡Del todo suyo!

CONDESA

¡Dios santísimo!

CONDE

¡Tan suyo soy, que sobre ella caerán mis crímenes y mis pecados de amarla sin querer amarla, de amarla aborreciéndola!

CONDESA

¡Perdido estáis!

CONDE

¡Perdido, y preso en una voluntad que aborrezco tanto como amo!

CONDESA

¡Vencedla, señor; vencedla!

CONDE

¡No puedo, que ella me venció antes!

CONDESA

¡Jesús divino!

CONDE

¡Ella, como ave de presa, oprime el mi espíritu sin misericordia, y en furia de anhelos me torna, que a todo me lleva! ¡Ah la Infanta, la Infanta!

CONDESA

¡A ella ni al Rey perdono! ¡Sólo para vos la compasión de Dios invoco y suplico!

CONDE

¡No supliquéis por mí, que ya no os soy sino verdugo!

CONDESA

¡Por vos ruego, que a vos amé, y amándoos me mataréis! ¡Por vos ruego

y por mis hijos, que sin culpa están! ¡Mas a la Infanta y al Rey, ante la alta justicia conjuro; y ante el juicio de Dios, en el término de treinta días, emplazo! Consentidme recordar agora una oración que de niña sabía, y ha tiempo, por rezar otras, no digo. ¡De mi madre la aprendí!

CONDE

Id, señora, al vuestro aposento (señalando la puerta cortinada), que allí os tomaré la vida, sin derramaros sangre, que sangre no quiere el Rey.

CONDESA

¡Que rezara antes aquí me dijisteis!

CONDE

¡Mejor llegará a Dios vuestra oración si yo no la escucho!

CONDESA

¡Más piadoso hubiera sido matarme sin decírmelo!

CONDE

Que os avinierais antes con Dios quise, aunque por santa os tengo. ¡Yo, ni callar sé ya, que el hombre de antes no soy! ¡Hablarme necesito, para no aterrarme de mí mismo en el silencio! ¡Idos condesa, idos, que seguir viéndoos no puedo; si no, muero yo antes que vos, arrastrado por monstruos! ¡Idos, idos, y cuando yo entre en vuestro aposento, ya que celeste criatura sois y amor me tenéis, no me miréis al rostro! ¡Es mi único ruego! ¡No me miréis al rostro! ¡Yo os echaré en la cara una toca, y os ahogaré por la espalda, como sayón cobarde, cerrando los mis ojos, pues si os viera, no tendría respiros, y en vez de ahogaros yo con estas manos, que nunca tal hicieran,

me daríais la muerte vos con vuestro mirar! ¡Idos condesa, idos, y no me miréis al rostro, pues poniendo en mí vuestra vista, añadiríais al horror de morir, el horror de mirarme!

Empújala por la espalda, hacia la puerta que da al dormitorio.

CONDESA

Yéndose impelida y casi arrastrada por el Conde.

¡Santa María, mi Santa María me sostenga!

Desaparece tras la cortina. El Conde se detiene bruscamente, sin entrar. Pausa larga.

CONDE

Junto a la cortina, por la que mira, y en un doloroso estremecer de toda su recia figura.

¡Reza!... Su voz es dulce como plegaria generosa de perdón... ¡Reza!... ¡Reza por ella y por mí!... ¡Mira, mira, la Infan-

ta, a tu esclavo!... ¡Mira que hiciste del Conde Alarcos!... Sí, mataré... mataré... ¡Quedó en tu negro mirar mi ánima! ¡También hiciste de mí demonio!...¡ Mataré, Infanta, mataré...!

Entra por donde la CONDESA. Desierta la escena. Los pábilos, ya mortecinos, de la lámpara, se desmayan y reaniman fugazmente; relumbran luego con viveza un instante, y expirantes se apagan. Por toda claridad, sólo queda el oscilante lucir de llamas de la chimenea, la tenue lucecilla de la diminuta lámpara que ilumina el cuadro de Santa María, y el esfumado reflejo de la luna en los ventanales. Amortiguadas por la cortina, percíbense claramente las palabras del CONDE y de la CONDESA.

CONDESA

Tras la cortina.

¡En las tus manos, Señor, encomiendo mi alma!... ¡Perdonadlo, y con él, mis

pecados!... ¡Perdonadlo, Señor Dios; que su ánima le robaron!... ¡En la tu infinita misericordia fío!

Oyese arrastrar de pasos y el caer de un cuerpo.

CONDE

Tras la cortina.

¡Recibid, Señor, su ánima, y dad la mía a los demonios!

CONDESA

Entre suspiros de ahogo.

¡Siempre... amor... te... tu—ve!... ¡Aun... por ti... mu—rien—do... te... amo!...

Silencio largo.

ESCENA VI

CONDE solo.

Reaparece el Conde, casi envuelto en la roja cortina, a la que se agarra convulsivamente con las

manos. Una pausa. Adelanta después, vacilante, revueltos los cabellos, ladeados ceñidor y espada, y con huellas en todo su aspecto del trasiego y esfuerzo habidos. Avanza, y se detiene en el centro de la estancia.

CONDE

Como loco, con pánico inefable y ojos que el espanto desmesura.

¡Qué! ¿Quién va?... ¿Quién anda?... ¿Quién se mueve?... ¿Quién respira cerca de mí?... ¡Eh! ¿Quién al Conde Alarcos vigila?

Lleva la mano a la espada, sin dar con la empuñadura. Tantea en el ceñidor.

¿Quién va?... ¡Nadie contesta!... ¿Quién apagó las luces? ¿Por qué esta luz muriente, peor que tinieblas?... ¿Quién va?... ¡Es mi pecho que salta el que habla!

Oprimiéndoselo con ambas manos.

¡Callad, entrañas mías, callad! ¡Mírame tú, la Infanta! Que el tu mirar da más fuerza que todos los odios y amores de la tierra juntos... ¡Maté, maté ya! Enciende las luces, Infanta... ¿No oyes?... ¿No puedes encenderlas, Infanta? ¡Tampoco puedo yo volver a encender la lámpara misteriosa de su ánima!... ¡Pude matarla, y no puedo revivirla! ¡Está bien muerta, Infanta; bien muerta, y mal matada!... ¡La ahogaron estas manos, apretando como garras de fiera!... ¡La desnudaron estas manos!... ¡La acostaron estas manos!... ¡Estas manos tuyas, Infanta!... ¡Estas manos tuyas, que no te soltarán ya en el infierno! Está bien muerta, Infanta; bien muerta, y mal matada... ¡Qué!... ¿Entra en mí locura? ¡No! ¡Locura no! ¡Locura es olvidar!... ¡Vida quiero!... ¡Vida de pesadumbre!... ¡Vida de amor, que gima y sangre!... ¡Vida de tormento!... ¡Eh!... ¡Ah de mi gente!

A grandes voces.

¡Ah de mi gente!... ¡Ah de mi gente!

Va hacia el portalón y puerta izquierda, entreabriendo uno y otra, previo penoso descorrer cerrojos con trémula mano, y grita, yendo de la una a la otra puerta.

¡Diego!... ¡Pajes!... ¡Ah de mis caballeros!... ¡Aquí, los mis hombres de armas!... ¡Aquí todos!.... ¡Todos aquí!... ¡Diego!... ¡Diego!... ¡Que despierten todos!... ¡Que vengan todos!

ESCENA VII

CONDE, DIEGO. Después las DOS AYAS y UN AMA. CUATRO PAJES: dos con teas encendidas y dos sin ellas. Luego, CUATRO SERVIDORES y VARIOS HOMBRES DE ARMAS, con escudo y lanza en puño. Todos aparecen con intervalos de tiempo y por las puertas que se indica. Van a medio vestir, exceptuando los hombres armados, las mujeres y los pajes.

DIEGO

Por la puerta izquierda, abrochandose el justillo con la diestra,

y sosteniendo con la siniestra una tea alumbrada.

¿Qué tiene el mi señor?

CONDE

¡Gente!... ¡Toda la gente aquí!... ¿Dónde están los hombres de guardia?... ¿Dónde mis pajes, mis servidores?... ¡Que acudan todos!

DIEGO

¡Válanme los santos del Cielo! ¡El santo Dios nos ampare! ¿Qué es aquesto, señor? ¿Dónde está la mi señora?

Entran por la misma puerta que DIEGO las dos AYAS y el AMA, que llegan al decir el

CONDE

¡La tu señora ha muerto!... ¡Ha muerto en el sueño... de un cierto mal que tenía!

DIEGO

¡Jesús!

AYA 1.ª

¡Muerta la mi señora!

AYA 2.ª

¡Así tan de pronto!

DIEGO

¡La mi señora muerta!

Aparecen cuatro pajes por el portalón del fondo, deteniéndose sorprendidos, a los pocos pasos. Los que llevan teas preceden. No habrá más aumento de luz en escena que el que den las hachas de resina.

AMA

¡Apenas granada, y ya finió!

DIEGO

¡Muerta!... ¡Muerta!

Por donde los pajes, y casi detrás de ellos, asoman cuatro servidores, también con teas, los dos halconeros y cinco hombres de armas.

CONDE

Señalando la puerta derecha.

Entrad... Que custodia la den. Yo me llego cerca del Rey, que gran desgracia es, y notificarla me apremia.

Diego, sin soltar la tea, levanta la cortina y entra en el dormitorio. Tras él las dos ayas, el ama y los cuatro pajes.

CONDE

A los servidores, halconeros y hombres armados, que le miran sorprendidos.

¡Paso!... ¡Paso!

Abrenselo todos, echándose a un lado. Vase el Conde corriendo por el fondo.

ESCENA VIII

Los mismos, menos el CONDE. Después, otros tres hombres de armas y dos ballesteros.

AYA 1.ª

Saliendo despavorida del dormitorio, seguida de los pajes.

¡La mi señora muerta, muerta!

AYA 2.ª

Saliendo tras la primera y los pajes.

¡Está blanca y hermosa como las azucenas de los campos!

AMA

Saliendo tras el aya segunda.

¡Muerta, y aun era fresca y lucida como rosal mañanero!

AYA 1.ª

¡Ay, rapaces, rapaces!

AYA 2.ª

¡Pobres criaturicas del Señor!

AMA

El de pecho volvió a llorar ha poco, y con grandes fatigas lo adormí.

DIEGO

Que sale el último.

¡Morirse la mi señora y seguir viviendo yo, que para nada sirvo ni valgo ya!

Dando la tea a un paje y ocultando en ambas manos los ojos llorosos.

¡Morirse la mi señora, que vi yo nacer y enlozanar!

ADIESTRADOR DE HALCONES

Nadie me valdrá aquí, muerta ya la

Condesa, que en tierras de mi señor el de Turienzo conocí rapaza. Yo, como ella, era también niño, y muchas bondades le debía. Ella me donó las primeras monedas de oro que tuve.

HALCONERO MAYOR

¡Y ha poco, por el castillo la vimos, toda sana y adornada!

DIEGO

¡Muerta, muerta!

Por el fondo, otros tres hombres de armas y dos ballesteros.

HOMBRE I.º

Como centella partió el Conde.

BALLESTERO I.º

Él mismo guarneció su caballo.

HOMBRE 2.º

Con la cabeza desnuda, sin espaldar, ni más armas que la espada mal unida al ceñidor torcido, montó y se lanzó como ballesta.

HOMBRE 3.º

¡Ni vuelo de milano en su correr le aventaja!

BALLESTERO 1.º

Yendo con el segundo al ventanal, y abriéndolo. Entra en la estancia el plateado resplandor de la luna.

Por aquí podemos verle atravesar las serranías de la ribera.

BALLESTERO 2.º

Por las laderas, camino de Burgos, se orientó.

Únense a los ballesteros todos los hombres de armas.

AYA 1.ª

¡Ay la mi señora, la mi señora!

AYA 2.ª

¡Tan moza aún y tan halagadora y compasiva!

AMA

¡Caritativa era como santa!

HOMBRE 1.º

Ved, ved al rebrillar de la luna cómo se aleja el Conde.

Acércanse todos al ventanal, por el que miran, agrupándose. Los pajes y servidores cierran el corro.

HOMBRE 2.º

Un gran huracán se llega.

HOMBRE 3.º

En su caballo, de galopar furioso, en-

demoniado parece el Conde, con los cabellos revolando y el pecho al viento tenudo.

DIEGO

¡Se parte, y muerta la deja, sin velarla ni llorarla!

AYA 1.ª

¡Extraña muerte ha sido!

AYA 2.ª

¡Señales tiene en el cuello!

AMA

¡De verla se me partió el corazón, que doncella dormida, y no madre y señora, semejaba!

DIEGO

¡En el sosiego de esta noche fría, y en tan pocas horas, cuánta desgracia!

BALLESTERO 1.º

Señalando a los campos.

Mirad, mirad cómo salta los regatos y los altozanos el Conde.

BALLESTERO 2.º

Agora los sembrados holla.

HOMBRE 1.º

Al mismo viento, en su correr aventaja.

AYA 1.ª

Sí, sí. ¡Lo llevan demonios!

AYA 2.ª

¡Demonios! ¡Demonios!

AMA

Bien nos decía Diego que los here-

jotes extranjeros, y el mendigador malfadado, malos conjuros traían.

DIEGO

También al Conde lo dije. ¡Ay de ellos, si a los mis señores mal ficieron con sus industrias! ¡Ay de ellos! ¡Ay de ellos!

HOMBRE 2.º

No saldrán mañana del castillo sin probar que de brujerías no se les alcanza.

HOMBRE 3.º

¿Veis? ¿Veis? En menos de un suspiro la llanura venció. Agora, el sendero cortado toma.

BALLESTERO 1.º

¡Como embrujado vuela!

VARIOS

A coro, apretujándose para ver mejor.

Sí, sí. ¡Como embrujado! ¡Como embrujado!

BALLESTERO 2.º

¡Furias lo llevan! ¡Furias lo llevan!

VARIOS

Sí, sí. ¡Furias!... ¡Furias!... ¡Furias!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

NTECÁMARA circular que precede a las habitaciones de la Infanta, en la morada real del primer acto. Arquitectura semejante. En el fondo, salida abierta a un largo pasadizo, cuyo término cierra una puerta primorosamente alicatada. En lo alto, sobre el dintel de la entrada, que separa la antecámara del corredor, un escudo con los emblemas reales. En el muro central, que la embocadura del pasadizo divide, largas ventanas con vidrios policromados sin representar imágenes ni alegorías. Refleja en ellos la luna. De la bóveda principal cuelga una

lámpara anchísima de muchas luces. Sólo arden tres. En medio del pasadizo, pende otra diminuta, alumbrada también. Dos puertas laterales, cubiertas por tapices. La de la derecha da a la cámara de la Infanta. La de la izquierda, cerca del fondo, a la sala de damas de honor. En el mismo lado, y en lugar preferente, una chimenea encendida ancha y alta, de abultada campana. Asientos lujosos de cuero de Córdoba, y un diván árabe amplio y bajo, cubierto de sederías orientales.

Fuera, gime y ulula, de vez en vez, el huracán.

ESCENA PRIMERA

NODRIZA y dos PAJES

La Nodriza sale de la cámara de la Infanta, llégase a la puerta de la izquierda, levanta el tapiz, y llama por señas. Aparecen dos Pajes.

NODRIZA

Quedamente.

Por esta noche, licencia da Su Alteza

a todos los servidores. Que las damas de guardia se retiren también, que no las ha menester.

PAJE 1.º

El Señor Rey anduvo por aquí ha poco. Iba sin custodia, pegado a las paredes, como sombra de sí mismo, y con el rostro rendido en el pecho.

PAJE 2.º

¡Ay señora ama, los días alegres que siguieron a la paz, cortos fueron para nosotros!

PAJE 1.º

Mucho nos duele que aquellas horas bienandantes, de apacible vagar, tarden en volver.

NODRIZA

¡Mudable es la dicha entre los que rodean a Príncipes; que, a mayor grandeza, mayor miseria acompaña!

PAJE 2.º

Yo, cuando niño, soñaba allá, en tierras extranjeras, que al pisar el Alcázar de Castilla entraría en una Corte de amor y de ventura.

NODRIZA

Mala cosa, mancebo, es soñar en venturas viviendo.

PAJE 1.º

¿Por qué, señora ama?

NODRIZA

Porque en la vida, como en el sueño, la fortuna de nosotros nunca es sierva, sino tirana. Entendedlo bien los dos, agora que sois mozos. Id, y cumplid lo dicho.

PAJE 2.º

Perdonad si...

NODRIZA

Nada he de perdonar, donde yerro no hay. Anunciad la voluntad de Su Alteza.

Vanse los PAJES.

ESCENA II

NODRIZA e INFANTA

NODRIZA

Torna a la puerta de donde salió, y sin pasar de ella, llama, siempre en son bajo.

Alteza... Alteza...

Sale de su cámara la INFANTA, apareciendo como envuelta en fuego, ataviada con el rojo brial del primer acto; sueltos y caídos por la espalda, cual penachos de llamas, los ensortijados cabellos bermejencos. El rostro, de un pálido blanco mate, y los oscuros ojos, relumbrantes de fiebre, por

negras ojeras agrandados, conviértenla en viva imagen de una vida vaciada en el deseo terco y profundo de esa locura obstinada sólo a la muerte rendible.

INFANTA

¿Dijiste?

NODRIZA

A los pajes comuniqué vuestra voluntad. Regocijaos agora, mi Princesa, que ya quizás la que el amor os hurtaba no vive. Tal vez en este momento perece.

INFANTA

¡Calla! La noche una eternidad semeja...

NODRIZA

El deseo, en los umbrales de su cumplimiento, hace el tiempo impasable.

INFANTA

¡Habla quedo! ¡El menor ruido me crispa!

NODRIZA

¡Estáis lívida! Temo que la fatiga os doble, y el sueño, al fin, venciéndoos, retrase el conocimiento de las nuevas que ansiáis.

INFANTA

¡El sueño! Nunca más lejos de mí lo tuve. Un tumulto en mi pecho me exalta. En campo libre, y suelta como el viento, me quisiera estar.

NODRIZA

Sé yo de un mosto muy añoso, mezclado con mucha riqueza de zumos, cuyas raíces sólo yo conozco, que, si lo bebierais, se os encendería el rostro como si nueva vida os naciera, y alientos para días sin dormir hallaríais.

INFANTA

¡No necesita mi sangre vigores de

vino, que su propia impaciencia fuerza de locura le da!

NODRIZA

Pronto el amado os ahuyentará la locura, que vuestro amor por él podrá más que el destino y que la muerte.

INFANTA

¿Oyes cómo en el silencio de la noche resalta el trasiego del viento? ¡Espanto pone en el ánimo!

NODRIZA

No penséis en el viento, si no es para pedirle que en su seno arrastre al Conde y pronto os lo devuelva. Poco tiempo ya falta. En el alcázar quizás entra agora, ya del todo vuestro.

INFANTA

Déjame sola, que harto tengo con el

inquieto y tropeloso hablar de mis pensamientos.

NODRIZA

Yo por la mi princesa desvivo, y míos son sus pensamientos.

ESCENA III

Las mismas y el REY, que llega por la puerta izquierda. Anda vacilante y receloso, como si el mismo miedo fuese. Va sin armas ni más atavíos que los ropajes familiares. Entra sin ser notado.

REY

¡También tú velas, hija!

Las INFANTA y NODRIZA se vuelven sorprendidas.

INFANTA

¡Como aparición entráis! ¡Susto grande me disteis!

REY

¡Algo teme la que se asusta!

INFANTA

Fué sorpresa más que susto. Buenas noches, padre.

REY

Malas noches, hija. Un viento loco levanta y agita fuera hasta las peñas. Los postigos de mi aposento se quejaban ha poco como si alma tuvieran.

NODRIZA

Del tiempo es propio, que mes loco es marzo.

REY

Nadie te dió a ti licencia para hablar delante del Rey.

NODRIZA

Inclinándose respetuosa.

Ruegovos, señor...

REY

No me ruegues nada y vete, que a

tus años, más bien sienta el dormir que el importunar de dueña entrometida.

NODRIZA

Perdón, señor.

REY

Mejor es no dar lugar a pedirlo.

NODRIZA

Es que el mucho desasosiego de la Princesa mi señora, como si mío fuese, me tiene despierta.

REY

Deja artificiales arrumacos de lengua, y vete de una vez.

Entre humildes reverencias, vase la NODRIZA, deslizándose por la entrada de la cámara de la INFANTA. Deja de reflejar la luna en

los ventanales. Decrece la claridad de la estancia. Las tres luces y la lucecilla del pasadizo oscilan y enflaquecen, hasta quedar medio murientes, sin llegar a extinguirse.

ESCENA IV

INFANTA y REY

INFANTA

Llegándose a las ventanas y mirando por los vidrios.

¿Veis? Unas nubes han ocultado agora la luna.

REY

¡Parece que un velo negro lo envuelve todo! ¡Ya se acerca el alba!

INFANTA

¡Cómo es angustiosa la vuestra voz, señor!

REY

Desde que tu bárbaro ruego atendí,

el temor, como si en fantasma se tornase, va tras de mí, dando la inseguridad a mis pasos y espasmos de zozobra a mi sangre.

Broa impetuoso el viento, rechocando en los muros y sacudiendo los ventanales.

INFANTA

¿Oís? ¿Oís qué viento?

REY

¡Un viento que da pena! Es tan avaricioso de aumento, que parece como si quisiera llevarse la tierra consigo.

INFANTA

Ha entrado de pronto, señor. La noche comenzó apacible, con un suave lucir de luna.

REY

Esta noche, la Infanta, debió ser oscura como tu ánimo.

INFANTA

Mi ánimo no está oscuro, señor. Sólo está impaciente.

REY

Sentándose junto a la chimenea y removiendo tizones, de los que sale un rojo resplandor, que le da en el rostro.

¡Tengo frío, Infanta! ¡Un frío que me llega a los huesos!

INFANTA

De aquí oigo cómo os rechinan los dientes. Id al lecho, señor.

REY

¡El mi frío no curan sábanas! Él me echó de mi aposento, donde todos los ruidos resuenan esta noche lúgubremente. Mi perro, como entelerido, se pasa la noche aullando. El ferrado pisar de

mis guardias en el zaguán, se alarga, se alarga cual un eco.

INFANTA

Yendo también junto a la chimenea y sentándose frente al Rey.

El vuestro miedo no se aviene con el duro temple de un Rey como vos, siempre victorioso y fuerte.

REY

Levantándose bruscamente.

¡El rostro, Infanta, se os torna rojo como si en llamas ardiese!

INFANTA

Sin dejar su asiento.

Es el fulgor de esta lumbre. Niño medroso parecéis, y no mi padre.

REY

Volviendo a sentarse.

¡Ya os dije que el miedo llevo a mí pegado!

INFANTA

¿Por qué, señor?

REY

¿Por qué, preguntáis? Bien se conoce que vuestro juicio os pidió licencia y sin atadero tenéis el pensamiento.

INFANTA

Mi pensamiento, señor, sólo está fijo en la vuelta del Conde. Lo siento acercar... llegar... Dijo que al amanecer estaría aquí ya.

REY

¡En negro crimen vendrá envuelto!

INFANTA

No será crimen, que justicia, por vos mandada, cumplióse.

REY

¡Justicia!... ¡Callad, Infanta! Fué mi ceguera por vos la que me engañó.

INFANTA

No toméis por engaño lo que fué razón de mi derecho, ni alcéis el tono, que todo se oye en palacio, y la noche gran medianera es de las voces.

REY

¡Razón... razón no fué! Breve el engaño, a la verdad dejó paso, y un remordimiento me retuerce. ¡Siempre fuí varón prudente! ¡Por vos dejé de serlo!

INFANTA

Muy bajo, e inclinándose para que el Rey la oiga mejor.

Cuando matasteis a vuestra esposa segunda, la mi Reina y madrastra, bien vencisteis vuestros remordimientos.

REY

¡Por celos de mi honra y de mi amor maté!

INFANTA

Celos de sutil aprensión nacidos.

REY

¡No importa, si nacieron, de qué nacieron! ¡No me abruméis más el ánima!

Abate el rostro en el pecho.

INFANTA

A medida que habláis, también a vos con el relumbrar del fuego se os va tiñendo de bermejo la faz.

REY

Levántase y va hacia la INFANTA

¡A medida que hablas tú, menos mi sangre me pareces!

Sacudiéndola por el brazo en su asiento.

¿Serás tal vez hija de alguna lepra oculta que salióme y en ti anidó?

INFANTA

¿Venís, señor, para lastimar el mi cuer-

po y acobardar mi ánimo con vuestro disgusto, porque justa querella os di.

REY

¡Vine, porque a la soledad esta noche temo más que a vos, que sois demonio!

INFANTA

Cuando un Rey otorga, mal está, si le pesa, no lo disimular. Y peor aun, echar en cara lo otorgado.

Pausa.—El Rey, de pie, se apoya en el respaldo del sillón que ocupó frente a la Infanta. Ésta permanece sentada. Da en los ventanales esfumadísima luz morada, de aurora naciente.

Agora calla el viento... ¡Qué silencio!... ¡Al fin amanece!

REY

¡Ya!

Fuera de las ventanas, un cuerpo opaco ondula con vuelo incierto de ave, choca en lo alto de

uno de los vidrios y cae pesadamente, desapareciendo.

REY

En un retemblar de todas sus carnes.

¡Qué!... ¿Habéis oído?... ¿Habéis oído, Infanta?

INFANTA

Algo dió contra los ventanales... Lo llevaría el viento.

REY

Fué un ruido mate, y luego, como un cerrar y abrir de alas inmensas. ¡Algún ave negra de mal agüero! ¡Se cuajó mi sangre de susto!

INFANTA

La mía se alborozó y saltó en mis venas. Creí que, ya de vuelta, el señor de Alarcos anunciaba su presencia.

REY

Golpeando el suelo con el pie.

Siempre al Conde en los labios. ¡Has-

ta en los momentos que por vos injusta muerte se está consumando!

Va junto al ventanal, por el que mira, entreabriéndolo.

Ha sido un pájaro negro... desmesurado... Yace como muerto en lo hondo del foso... Mal augurio... Mal augurio.

Abre del todo una de las ventanas y se asoma para ver. Fuerte oleada de viento le da en el rostro, le esparce los cabellos y entra en la antecámara, haciendo oscilar la lámpara, cuyas tres luces se apagan. Queda sólo encendida la del pasadizo. Aumenta el morado claror del alba.

INFANTA

¿Qué hacéis, señor? Cerrad las ventanas... Entra un cierzo helado

REY

Apartándose prontamente del ventanal, que cierra, y acercándose a la Infanta.

Es un pájaro... Un pájaro negro,

grande y loco. ¡Mal augurio, Infanta! ¡Mal augurio! La vuestra madre, antes de morir, vió otra ave negra estrellarse ciega contra un muro y caer luego muerta a sus pies. Las plumas que se desprendieron, llegaron revolando al brial de la Reina y en él reposaron. Fué como anuncio de la su muerte el ave, como ésta negra, ciega y loca.

INFANTA

La muerte, señor, es un don de la fortuna, comparada a un angustioso vivir de amor, lejos de él.

REY

¡Él! ¡Siempre él! ¡Es terrible, Infanta, estar tan poseída de un deseo! ¡Grande será el tu dolor, cuitada hija mía!

INFANTA

¿Grande? ¡Infinito, padre! Es un dolor de toda la sangre. Un bárbaro dolor

que da placer, y un bárbaro placer que da dolor. Toda yo aspiro, espero, y viviendo en él, no vivo en mí.

REY

¡Castigos divinos me facen temblar!

INFANTA

Más torturantes que mis ansias pasadas no serán.

REY

¡Maldecirán los frutos de tu vientre!

INFANTA

¡Nunca de mayor amor que el mío nacerán criaturas! ¡Si malditas fueran, al mismo amor maldecirán con ellas!

REY

No es amor el nacido de injusticia y crimen.

INFANTA

Yo no pedí el amor. Diómelo Dios.

Culpa mía no fué si luego lo poseyó el demonio.

REY

Teme, Infanta, teme, hija, el castigo del cielo. Viera el Rey David a Bethsabeé, mujer de Urías de Hetheo, y luego de la robar fué el forzador. ¡Cómo se ensañó Dios omnipotente en ese pecado! Matóle al hijo concebido y a setenta mil de su pueblo.

INFANTA

¡Mil pueblos perezcan, y con ellos yo, antes que al Conde perder!

REY

De espanto amortezco, al veros con el rostro soflamado por el rescoldo de ese fuego y al saberos tan presa de malos quereres. ¿Oís? ¿Oís el viento? ¡Del mesmo averno enviado parece! En su ulular siniestro llegan a mí quejidos y

gritos, como voces que me nombran e invocan. ¡Por qué os atendí, Infanta! ¡Por qué os atendí!

Llaman en la puerta del fondo del pasadizo.

INFANTA

Alzándose presta.

¿Oís? ¡Llaman, señor!... ¡¡¡Llaman!!!

REY

Medio mortecido.

¿Quién sin mi licencia se atreve a llegar a la vuestra antecámara en la noche?

INFANTA

Hablándose a sí misma, en un delirio de impaciencia.

¡El Conde!... ¡El Conde!

REY

¡Él!... ¡Ya!

INFANTA

Sólo él puede en semejante hora llegar hasta nos.

Vuelven a llamar.

REY

¡Pronta es su venida! Parece que priesa le corriera.

INFANTA

¡Vos mismo le apresurasteis!

Llaman de nuevo.

REY

¡En mi ánima resuenan esos golpes!

Pausa. La Infanta y el Rey se miran sin verse, en un agobio de espera. Llaman otra vez.

INFANTA

Los cerrojos están descorridos. Con mi mano los descrucé.

Va al corredor, de cuya entrada no pasa, e intentando conte-

ner el tumultuoso sentir que la sacude, grita.

¡Que entre el que llama!

ESCENA V

Los mismos, el CONDE y PAJES.

Abrese la puerta alicatada que cierra el extremo del pasadizo y tras ella, muy al fondo, aparece el CONDE ALARCOS entre dos PAJES, que alumbran con tea. Avanza lentamente. Va con la cabellera revuelta, tal y como salió del castillo, sin más armas que la mal ceñida espada. INFANTA y REY, cual tornados en piedra, lo miran adelantar muy despacio por el pasadizo. Adelantar, adelantar, mudo cual espectro y seguido de los PAJES, en medio de un silencio profundo.

CONDE

Deteniéndose, al llegar a la antecámara.

¡Heme aquí, Alteza!

REY

Retrocediendo convulso.

¡Vos!

INFANTA

¡Él, señor, él!... ¡Ya lo veis! ¡Él! ¡Al fin él! ¡Para siempre él!

CONDE

Despidiendo a los PAJES con el gesto.

Dejadnos y cerrad bien las puertas, que tristes y hasta agora secretas noticias traigo al Rey.

Obedecen los PAJES, volviendo a desfilar por el pasadizo y cerrando la puerta. Quedan solos, REY, INFANTA y CONDE. Pausa.

REY

Vos... vos... vos...

CONDE

Yo, señor, yo.

REY

En un suspiro.

¿La Condesa...?

CONDE

¡Ya subió al cielo, adonde vos, por mi torpe mano, la enviasteis!

INFANTA

¿Segura muerte le disteis?

REY

¿La matasteis?

CONDE

Muerte la di sin derramar sangre... La tendí en su lecho... La envolví en tocas, menos blancas que la su cara... Dije que había muerto de un cierto mal que tenía... La abandoné a la custodia de mis caballeros y servidumbre. Tomé mi mejor bridón, montéle, y rival del viento, que tras de mí parecía empujar-

me, llegué a vuestro alcázar... y en vuestro nombre, mandé a los Pajes de guardia que adonde estáis me condujeran... ¡La vuestra voluntad es cumplida! ¡Vuestra hija, la Infanta mayor de Castilla, tiene ya esposo!

INFANTA

¿Lo oís, señor?... ¡Ya tengo esposo!

Pausa. Míranse los tres, envueltos en el pálido morado del día, que despunta turbio y nuboso.

REY

¡Pronto fuisteis en servirme!

CONDE

¡Vehemente vos en mandármelo!

REY

¿Murió en confesión la Condesa y como cristiana?

INFANTA

Básteos saber, señor, que murió.

REY

Contestadme a lo que os digo, Conde.

CONDE

¡Murió rezando, y emplazándoos ante la justicia de Dios!

REY

¡Ante la justicia de Dios!

CONDE

¡Ante Dios invocó también a su hermano el buen Conde Don García!

REY

¡Basta! ¡Desfallecer me siento!

CONDE

Yo, señor, desfallecí antes... ¡y aun vivo!

INFANTA

Sabed, buen padre y buen Rey...

REY

¡Calla!... ¡No oiga yo más el tu hablar!

CONDE

Vos, señor Rey...

REY

¡Ya no soy Rey!

INFANTA

Señor...

REY

¡Yo fuí un Rey! ¡Agora sólo soy de un Rey la sombra!... Sea conmigo la soledad... ¡No vean más los mis ojos el vuestro crimen!

Tapándose el rostro con las manos.

Yo fuí un Rey... un Rey de Castilla, que supo al mundo entero no temer, que supo conquistar reinos, y vencer enemigos fuertes, y doblegar califas y

rebeldes, y no supo romper el terco albedrío de la su hija...

Vuélveles la espalda y vase por el pasadizo, como en delirio, medio cantando su pena.

Yo fuí un Rey... fuí un Rey... un Rey de Castilla...

ESCENA VI

INFANTA y CONDE.

Quedan ambos frente a frente. Fuera, otra vez en calma, calla el viento. A lo lejos, óyese el canto de un gallo. El CONDE, desviando la mirada de la INFANTA, se apoya en la pared.

INFANTA

No es en los muros que debéis buscar apoyo.

CONDE

Vos y yo, Infanta, no somos ya de esta vida.

INFANTA

Vos y yo, Conde, somos ya uno en el deseo y uno en el pecado.

CONDE

¡El crimen nos ata!

INFANTA

Todo el poder de Dios podrá descuajar el mundo, pero no podrá desfacer lo hecho.

CONDE

¡En poco tiempo, qué mudanza...! ¡Cómo pesan, Infanta, los remordimientos en el ánima!... ¡Hace horas aun vivía!... ¡Nadie perdió lo que yo el día de hoy!... ¡Murió amándome!

INFANTA

¡Ella murió una vez sola! ¡Yo estoy siempre muriendo por vos!

CONDE

¡Murió perdonándome!

INFANTA

¡Ni el perdón podrá romper el nudo que firme nos liga! Así lo quise yo, que esposa se pierde, pero el infierno que a los dos condena, no.

CONDE

¡Ella era mía!

INFANTA

Agora sólo es de Dios y del gran misterio de la muerte.

CONDE

Sólo vos de ella me habéis separado, que todo a ella me unía.

INFANTA

Agora os separa un cielo, y sois ya vos tan mío como yo de mí misma soy.

Acercándosele.

CONDE

Retrocediendo.

¡Tu mirar la mató! ¡Tu mirar encelado y negro dió fuerzas a mi albedrío! ¡La mató tu imagen, por mi mano!

INFANTA

¡Oh el crimen que fizo delirio de deseo; cómo vuelca el ánima en locura!... ¡Conde Alarcos, la tu esposa no sabía de amor!

CONDE

¡Ay, era buena y acariciadora como el mirar de madre que se hace niño viéndose en el hijuelo!

INFANTA

¡Ay, ella no supo nunca qué cosa fué el tormento de querer, que amor endulzado y apacible tuvo!

CONDE

¡No la mentéis, que nombrarla sólo, escarbar es con fierros en mis entrañas!

INFANTA

¡Vos tampoco sabéis de amor, ni qué es ensueño de mujer que ansía!

Va resuelta hacia el Conde, tómale por ambos brazos, y rostro en rostro, exhala más que habla.

¡Si a un lado entre música de ángeles, Dios mismo resplandeciente, en su serena infinita mirada, compartir con Él en lo eterno el gobierno de los astros me ofreciera, no saciara el rebrotante, indomable, furioso querer que a ti me lleva!

CONDE

Sin apartarse de ella, en una exaltación de pasión y de miedo.

¡Calla, mujer, que Dios puede, con leve deseo, en polvo derrumbarte!

INFANTA

¡Sólo tornándome en nada puede el amor que te tengo hurtarme!

CONDE

Ante Dios, de tus palabras seremos presos, y ellas como espadas se clavarán en ti y llorarás por siempre, de haberlas dicho arrepentida.

INFANTA

¡Luzbel nació viendo a Dios, y no se arrepintió luego de su rebeldía; que el cielo no basta a un alma impaciente!

CONDE

¿Qué seno de mujer te cobijó? ¡Nacida de humanos no pareces!

INFANTA

Yo nací en sosiego, y sólo entré en locura cuando tu hablar de amor revoló en mi ánima que dormía. Tú la

desvelaste, Conde, la encuevaste luego en un congojoso desesperar... y la olvidaste después. ¡Ella vive aún, para recordártelo!

CONDE

Apartándose de la INFANTA.

¡Ah despiadado amor, que de criaturas haces leña para acrecer tu llama! ¿Qué hiciste de mí, Infanta?

INFANTA

Lo que tú de mí, Conde.

CONDE

Yo hasta agora me estuve siempre noble y celoso del limpio vivir.

INFANTA

¡Vano lamentar el tuyo, ante mi ánima desasida de todo lo que no eres tú!

Va el CONDE al ventanal. Síguelo la INFANTA. Da en ellos la luz

de aurora, que, tamizada por los vidrios, envuelve a entrambos en leve resplandor morado.

CONDE

Un velo de lágrimas ciega mis ojos.

INFANTA

Un fuego de amor inflama los míos. Yo en ti y tú ya en mí eternamente, nos amaremos en siglos de siglos, ardiendo en llamas, aspirando y muriendo sin morir.

CONDE

¡Infanta!

INFANTA

¡Loado sea el crimen de amor que en lo eterno nos une!

CONDE

Despavorido.

¡Infanta, Infanta, que yo también te quiero y tu condenación es la mía!

Pausa. Quedan mirándose en una angustia de amor supremo.

ESCENA VII

Los mismos y séquito.

Abrese bruscamente la puerta del pasadizo y entran varios CABALLEROS, PAJES y escolta de servidores. Al llegar al umbral de la antecámara, detiénense sorprendidos de ver solos y juntos al CONDE y la INFANTA.

CABALLERO 1.º

Sin avanzar.

Vos, Alteza... Vos, Conde...

INFANTA

Dando frente a los que entran, y con fiereza y altivez durísima.

Yo. Él... ¿Qué? Idos, que no llamé.

CABALLERO 2.º

El Rey, señora, como muerto, yace caído en medio de su aposento. Rígido, frío, no alienta ni se bulle.

CABALLERO 3.º

¡Venid, señora, que la Corte de luto despierta!

CABALLERO 1.º

A los merinos, consejeros y ricos homes, mensajes enviamos. Heraldos dispuestos están. El señor de Brandoñas y el señor de Frandoville, como mujer, lloran en su vejez cansada y prudente el mal del señor Rey, que muerto parece.

Pausa.

¿No contestáis, señora? ¿Nada decís, Conde Alarcos?

Míranse unos instantes los dos grupos.

CABALLERO 2.º

¡Bañados en la luz triste de aqueste aciago día, espectros semejan!

CABALLERO 3.º

¡Terror dan!

CABALLERO 1.º

A ellos no nos acerquemos, que con espectros, ni quejas ni fuerzas pueden.

CABALLERO 2.º

¡Maleficio! ¡Maleficio es este!

CABALLERO 3.º

En los astros lo vi yo venir. Dos soles nocturnos con estelas de oro, que parecían penachos de fuego, la desgracia auguraron.

CABALLERO 1.º

¡Malos vientos de esta noche, trujeron la muerte!

CABALLERO 2.º

Cuervos vi ayer, en revuelo pesado voltear por el alcázar.

CABALLERO 3.º

Yo, enjambre de águilas negras vi cru-

zar por Oriente... ¡Infanta!... ¡Conde!

Adelanta dos pasos y retrocede con susto.

Huyamos, huyamos, que aire de muerte y de misterio los circunda... ¡Iluminados parecen!

VARIOS, A CORO

¡Maleficio!... ¡Maleficio!

CABALLERO 1.º

¡Que santos padres y obispos lo rompan!

CABALLERO 2.º

¡Huyamos, huyamos!

Vanse todos en tropel, cerrando tras de sí la puerta. Quedan solos otra vez el CONDE y la INFANTA. La claror que entra por las ventanas, siempre debilísima, tórnase rojiza.

ESCENA ÚLTIMA

CONDE, INFANTA, y después NODRIZA.

CONDE

¡Pronto se cumple la justicia divina! ¡El Rey, vuestro padre, dió ya su ánima! ¡A vos, la Condesa también os emplazó, Infanta!

INFANTA

¡Ante Dios mi amor llegará a lo hondo de mi ánima asido, que en el tuétano de mis huesos anida!

CONDE

¿Veis, Infanta? La luz se enrojece como fuego... ¡El mundo se torna infierno!

INFANTA

Son nubes de escarlata, que ocultan el sol. Ayer lo vi arrebujar en lecho de grana, cuando desde el alféizar de una

de mis ventanas miraba yo por donde vos partíais.

CONDE

Vacilante, va a recostarse en el respaldo del amplio y mullido asiento árabe, que cubren sederías de Oriente.

¡Morir de terror me siento!

INFANTA

Sigue al CONDE, tómale ambas manos y cae de hinojos a sus pies. Con la inclinación, gíranle por el rostro los cabellos, esparciéndose, como lenguas de llama, por los brazos y rodillas del CONDE.

¡Yo también desmayo, que el gran amor que os tengo me rinde!

CONDE

¡Triste sino el nuestro!

INFANTA

¡Por el más venturoso no lo trocara!

CONDE

Con desolada amargura.

¡Ah cuitada princesa, qué será de ti y de mí! Dejados de Dios, como Caín, como Judas, como todos los réprobos, penaremos, sin arrimo en el mundo ni en el paraíso... ¡Eternamente solos, en la muerte y en la vida!,.. ¡Tanto amor a costa de tanto abandono y dolor!... ¿Quién tendrá compasión de nos, Infanta?...

INFANTA

Si todo el paraíso y la tierra te rechaza, yo te quedo, que más que a todos los cielos te amo. ¡Adórame a mí sola, en todo el universo, que para ti amor infinito tengo!

CONDE

Levantándose a medias, descoyuntada la faz, en un pánico inefable.

¿Ves?... Ella ante mí sonríe, como

ángel que perdona... ¡Su perdón me aniquila!... Ella besa, cual nuestro Señor Jesús, la mano que la troncha... ¡Era santa y yo verdugo!... ¡Ay de mí, Infanta! ¡Ay de nos! ¡Ay de nos!

Torna a caer en su asiento.

INFANTA

¡Pobre alma la tuya, que no puede amar sin miedo!

CONDE

¡Pobre amor el nuestro, por todos execrado y contra todo en guerra!

INFANTA

¡Cuanto más maldito, más fuerte lo veo, que es tan grande, que a todas las enemistades vence!

CONDE

¡No, Infanta, no!... ¡Piedad!... ¡Miseri-

cordia para nosotros!... Por el amor tuyo infinito, salvémonos, Infanta, que mi alma no es como la tuya impía y temeraria... ¡Y una gran lástima por ti y por mí siento!... Descalzos, atados por las espaldas a lomos de bestias, azotados por turbas, apedreados cual réprobos y malditos por plebe rufianesca, expuestos al público escarnio, penando y orando, vayamos a Roma, e imploremos el perdón del Santo Padre, que ata y desata.

INFANTA

¡Si desata, líbrennos de él demonios!

CONDE

¡No! ¡No más, Infanta!... ¿Dónde iremos malditos de Dios?

INFANTA

¡Ni perdón, ni penitencia!... ¡Tu amor sólo!

CONDE

¡Oh alma infernal, mía eres! ¡Arrástrame contigo!

Quédase desvanecido.

INFANTA

¡Vive!... ¡Vive mientras yo aliente!

Sacudiéndole las manos.

Estas las tus manos, con las mías asidas dejen en la sepultura.

En un delirio.

¡Te quiero más allá del morir!... ¡Más allá del vivir!... ¡Más allá del pensar!... Sólo en corta vida tuviste esposa, que pasó fugaz como sueño... ¡Yo sola ya, tuya en vida y en muerte... y en el castigo! ¡Tuya!... ¡Tuya!... ¡Tuya!

Reclina, abatida, la cabeza en el pecho del CONDE. Sale de la cámara de la INFANTA la NODRIZA. Desabróchase el cuello del jubón, sacando del seno cadena colgante

de medallas, amuletos y patenas con imágenes santas, que besuquea reiteradamente. Luego, toma de su faltriquera un crucifijo, que empuña con la diestra y besa también repetidas veces. Camina renqueando, con el odio triunfante y suelto, francamente revelado ya en la faz contraída, y presenta el Cristo a la INFANTA y al CONDE, que no pueden verlo por su postura y acabamiento.

NODRIZA

Deteniéndose frente a ambos y en voz baja y silbante, triturando el hablar rencoroso.

¡Anatema!... ¡Perdición para vosotros!

INFANTA

Levantando penosamente el rostro lívido y muriente, cuya vida se refugia en la mirada, todavía brillante.

¿Qué?... ¡Tú!

NODRIZA

¡Yo, Infanta, yo!

INFANTA

¿Qué quieres?

NODRIZA

¡Ya nada, que perdida estás!

INFANTA

¿A qué vienes?

NODRIZA

Yo, Princesa, te envolví en mi hilado y te llevé al abismo, donde cayó la tu ánima. Y como la salamandra se satisface de gusanos, me sacié yo del tu ardoroso codiciar, que era también gusano, que al morir se anticipó, comiéndote en vida. Yo avivé el tu codiciar. Yo lo aventé. Yo lo fice crecer, crecer, has-

ta envolverte cuerpo y alma en amor empecatado.

INFANTA

¡Vete, que no me importa eso ya, mujer!

NODRIZA

¡No me iré sin echarte mi odio en rostro! Un Rey, tu abuelo, mandó vaciar al mío los ojos de la su cara... Tu padre empaló a los mis hijos... El tu Conde Alarcos desalmado, mandó enforcar y azotar a la mi madre, por bruja, en afrentosa vergüenza. Cuando yo salí de tierras de moros, y con astucias conseguí abrigo en tu palacio, y logré nutrir tu boca de víbora, malas sangres te di, con el zumo de mis pechos envenenado por ansiares de venganza... ¡No te maté, porque vivir es mayor castigo! ¡Eras ángel entonces y hubieras ido al Cielo!... Moza, yo busqué para ti el infierno, y al

Conde ponderé en el tu ánimo, que ya sólo giró loco, loco, alrededor de un querer, de Dios y de criaturas maldito... ¡Y con ese querer agora te pierdes! ¡Ah de la mi venganza, al fin saciada!... ¡Condenación, perdición para vosotros!

INFANTA

En un espasmo y con todas sus fuerzas postreras.

¡Ah necia dueña!... ¡Si los ángeles sintieran lo que yo amo, desvariados de envidia se precipitarían del Cielo al Infierno!

NODRIZA

No blasfemes, Infanta, no blasfemes, que pronto el tu cuerpo, como el del Conde, yacerá inanimado y se deshará en cenizas... ¡He ahí en qué vendrá a parar tu grandeza!

INFANTA

Enlazando sus brazos al CONDE y sacudiéndolo desesperadamente.

¡No!... ¡El Conde vive! ¡Lo oigo alentar, respirar!... ¡Su vida es mía...!

CONDE

Para sí, entrecortadamente y entreabriendo los ojos.

En un sueño hondo... hondo... que no acaba... veo cómo arrastran mis huesos... mi cuerpo... y mi ánima...

Vuelve a cerrar los ojos, exhausto.

INFANTA

Al CONDE, poniendo su vida entera en las palabras.

¡Vive!... ¡Vive!...

NODRIZA

¡Muerte y ludibrio para vosotros, que

no habéis podido sustentar más que un amor solo, tan maldito al nacer, que no pudo repartirse, preso en tiránico deseo!

INFANTA

¡Mil muertes por un solo deseo!

NODRIZA

Andando de espaldas hacia la puerta izquierda y presentando siempre el crucifijo a la INFANTA.

Mil vidas diera yo por no desear, loca Princesa. ¡Desear es mentirosa ilusión de la nada!

INFANTA

¡Desear es todo!

NODRIZA

Cerca ya de la puerta, blandiendo el crucifijo frente a la Infanta.

¡Al infierno!

Desaparece.

INFANTA

¡Al infierno, si allí se ama!

Agobiada de fatiga, reclínase junto al Conde y resbala, hasta dar casi con todo su cuerpo en el suelo.

La luz purpúrea del alba aumenta y enrojece la estancia.

FIN DE LA TRAGEDIA

BREVES PALABRAS

CIRCUNSTANCIALES

La presente tragedia lleva escrita nueve años. Hasta ahora ha permanecido inédita. Sólo se ha publicado un acto, traducido al italiano, en *La Nuova Rassegna.*

Las contadas personas que la conocen por lectura directa del autor, han creado en torno de ella una atmósfera de entusiasmo. Apenas terminada, se ensayó en el teatro de la Princesa, por la compañía de la señora Cobeña, compañía en la que figuraba entonces de primer actor don Francisco Morano.

En la lectura a la compañía, el interés con que se escuchó, la impresión que produjo y el éxito, sobrepasaron las aspiraciones del autor, que nunca fué modesto en el aspirar.

Se ensayó dos o tres veces nada más, y la obra no llegó a estrenarse, sin causa justificada que explicase el eclipse. Más tarde, don Enrique Borrás acogió *El Conde Alarcos* con grandes elogios; mandó pintar un decorado que vió embalar para América el autor de la tragedia, y todavía viajan las decoraciones, sin haber logrado, como la obra, mostrarse al público.

Solamente el linajudo actor don Fernando Díaz de Mendoza, protector de las artes y de las letras, si no como un Médicis (porque España, desgraciadamente para todos, no es la Florencia del Renacimiento), al menos como un prócer al uso del Madrid actual, sólo don Fernando desdeñó la obra con una cortesía glacial, por no encontrar en la tragedia — según carta que tengo a la vista, contestando a otra entusiástica de un diplomático literato — nada que prometiera... el éxito de *El Conde Alarcos*, obra, según dice la carta, literariamente *quizás muy bella.*

Es posible que el señor Díaz de Mendoza tenga razón. Otras obras del autor, en un plano más corriente y vulgarmente humano, y quizás por eso de mayor acierto, alguna de ellas estrenada con éxito extraordinario en un teatro de

Madrid, han merecido a don Fernando el mismo desdén. Me parece justificado. El pobre autor de la presente obra ha tenido la desgracia de nacer a las letras en plena constelación de genios jóvenes y activos. Nuestro actual teatro, asombro del mundo, sin duda mañana, como lo fué el del siglo de oro, impide que se destaquen en él las figuras modestas.

La esperanza del que esto escribe (sujeto de un carácter muy apacible, y muy calumniado por una reducida leyenda de barrio y de grupo) es que algún día surja un empresario menos severo y exigente, y menos profético que los presentes acerca de la suerte crematística de las obras.

Si el autor encontrase un modo de ganarse la vida más al alcance de sus facultades, tuviese hacienda o un destino decoroso siquiera, hace mucho tiempo que hubiese desistido, no de escribir, pero sí de tratar de representar sus obras, para no molestar a nadie... Pero como el oficio no siempre puede elegirse, porque no sirve uno para todos, y la vocación literaria, por modesta que sea, no puede cambiar de formas, como esos sombreros de payaso, que a volun-

tad de su dueño alteran rápidamente su geometría, el autor se ve en la necesidad de seguir teniendo paciencia y continuar tejiendo cestas con la mayor honradez posible, ya que no con el mayor acierto.

***

El Conde Alarcos no es una obra histórica, género por el que siente el autor una invencible repugnancia. Tampoco es un canto a Castilla, de cuyo pasado se abusa hoy lastimosamente, confinándolo en los cauces de una literatura regional y menor. En esta tragedia escrita, sintiendo idealmente en español, se quiso fundir a nuestra exaltación y violencia un acento emocional muy de raza, y traer cierta línea helénica (nada más que línea) a nuestra escena, soñando restablecer en algo *las relaciones ideales del teatro y de la vida pública como en la antigua Atenas*... Pero intentar, o pensar algo de esto, hoy, en Madrid, es candidez y locura, por ambas pide perdón el autor, relegando su intento a la categoría de sueño; ya que en todo nuestro orden social, por prolongadas

desgracias y vergüenzas nacionales, todo intento vital o de renovación, todas las energías individuales, se estancan en la miseria inerte que nos aniquila y desgobierna.

En el diálogo se ha huído voluntariamente de arcaísmos, procurando conservar sólo aquellas palabras aun vivas en poblados que hablan castellano, y aquellas otras que perdurarán siempre en nuestro idioma por su hermosura y nobleza.

Del maravilloso y corto romance caballeresco atribuído a Pedro Riaño, romance que da nombre a esta tragedia, han entresacado asuntos para el teatro: Lope de Vega, en su *Fuerza lastimosa;* Guillén de Castro, Mira de Amescua y José J. Milanés, poeta habanero.

También escribió un drama con el mismo asunto, imitando a Calderón, el hermano menor de los Schlegel (Federico).

Ninguno de estos autores, a pesar de su fama y talento, ha agotado el tema, que sepa el autor. Por eso atrevióse a tratar un romance reputado fuera de España como una de las composiciones más tiernas y bellas que hay en lengua alguna, y como la mayor tragedia doméstica conocida en el ciclo cristiano.

ÍNDICE

Págs.

Dedicatoria..... 7
Personas de la tragedia..... 13
Acto primero..... 19
Acto segundo..... 123
Acto tercero..... 191
Breves palabras circunstanciales..... 251

ESTE LIBRO

ACABÓ DE IMPRIMIRSE EN

MADRID

EN LA IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA

CALLE DEL CARDENAL CISNEROS, 10

EL DÍA 5 DE JUNIO

DE MCMXVII

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS

Trasuntos.—Con una carta-prólogo de don Juan Maragall.—Librería de Antonio López.—Barcelona.

Las Bodas de Camacho.—Comedia lírica en un acto, sacada del *Quijote*, en colaboración con Adriano Gual. Música del maestro Ferrán, estrenada en el teatro Tívoli de Barcelona.

El Tercer demonio.—Esbozo de comedia en un acto, estrenada en Madrid en el teatro Lara.

Don Juan de Carillana.—Comedia en dos actos y tres cuadros, estrenada en Madrid en el teatro Infanta Isabel.

Entre llamas.—Tragedia en tres actos y un epílogo.

TERMINADAS

Conseja galante.—Cuento ingenuo en tres actos.

El mismo daño.—Drama en tres actos.

Noche de fiesta.—Drama en un acto.

Los Millones de Nené.—Paso de comedia en un acto.

Totó.—Comedia en tres actos y un epílogo.

La Redención de Judas.

Sortilegio.

Horas de vida.

El Cuento de Barba Azul.—Comedia lírica en tres actos y un prólogo a telón corrido. Música del maestro Vicente Arregui.

En Ildaria.—Comedia en dos actos.

Los pedidos a *Minerva*, S. E.—Serrano, 45.—Madrid.

BIBLIOTECA DE AUTORES EXTRANJEROS

MINERVA, S. E.

Volúmenes publicados:

André Suarès.—*Don Quijote en Francia.*—Traducción y palabras preliminares de Ricardo Baeza.

Oscar Wilde.—Obras completas.—Tomo I. *El Príncipe Feliz y otros cuentos*, seguidos de *La Casa de las Granadas.*—Traducción y palabras preliminares de R. Baeza.

Gabriel D'Annunzio.—*La hija de Iorio.* Tragedia pastoral.—Traducción, precedida de un ensayo sobre el teatro d'annunziano y seguido de un apéndice, por R. Baeza.

3,50 ptas. el volumen.

Los pedidos a *Minerva*, S. E.—Serrano, 45.—Madrid.

3,50 peseta

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T44
v.247
no.1-18